

PREMIO ALFONSO II

LOS DIARIOS DEL CAMINO PRIMITIVO

YVES OUSTRIC

LE CAMINO PRIMITIVO
L'AUTRE CHEMIN DE COMPOSTELLE



...DEUS ADJUVA NOS
Journal d'un pèlerin du XXI^e siècle
d'Oviedo à Santiago

PREMIO ALFONSO II

**LOS DIARIOS
DEL CAMINO PRIMITIVO**



Universidad de Oviedo



Fundación
VALDÉS-SALAS

© Universidad de Oviedo
Aula Valdés Salas
Imprime: Servicio de Publicaciones.
D. L.:AS 1674-2016

Índice

Prólogo. Laureano Víctor García Diez	7
Gratitud y reconocimiento. Leopoldo Tolivar Alas	9
Yves Oustric	
Le Camino Primitivo, l'autre chemin de Compostelle. Journal d'un pèlerin du XXIe siècle d'Oviedo à Santiago	11
Harley Anderegg. Bajada al embalse de Salime.....	47
El Camino Primitivo. El Otro Camino De Compostela. Diario De Un Peregrino Del Siglo XXI De Oviedo A Santiago.....	49

Prólogo

Con el seudónimo Pascal Sévy, el francés Yves Ourtic, presento el diario de su peregrinación por el Camino Primitivo, a la primera edición del premio de diarios que ha convocado la Fundación Valdés-Salas, bajo el título de “Alfonso II” y del que ha resultado ganador merced a un lenguaje sencillo, a la vez que profundo; descriptivo, al tiempo que pausado; poético, a la par que musical. En definitiva en un lenguaje que ayuda a recorrer con él la ruta astur-galaica entre Oviedo y Compostela.

Viene de recorrer el Camino de la Costa desde Irún, a través del País Vasco y de Cantabria, y se dirige a Oviedo para poder empaparse de su historia, de sus leyendas, de sus experiencias como lugar de peregrinación y de espiritualidad. Dice Yves, en uno de los párrafos del comienzo de su diario que *“si Compostela sigue siendo el objetivo final del viaje realizado por el Camino del Norte, Oviedo es el fundamento de ese camino”*. Tras ello hace una amplia y detallada descripción de Oviedo y de su historia, con una atención principal hacia la imagen del rey Alfonso II, el gran creador del sepulcro del Apóstol y del Camino que llevaría desde todos los puntos del orbe a aquel lugar a millones y millones de caminantes.

Emprende el peregrino galo la ruta con descripciones físicas en algunos momentos, para pasar, sin apenas diferenciación, a ensueños bucólicos o imaginarios. Volviendo al paso, a la descripción de los monumentos, de las pequeñas y humildes capillas que tanto le sorprenden, o los grandes edificios monacales o señoriales que le aparecen al recodo del Camino, como es el caso de Grado, con los que él llama “palacetes indianos”, el pequeño pero enorme casco histórico de Salas, la mole del palacio de los Cienfuegos de Pola de Allande o la Colegiata de San Salvador de Grandas de Salime. Sin olvidar la magnífica descripción que hace de las milenarias murallas de Lugo, de su catedral y de su casco antiguo y moderno.

Pero tampoco se escapan de las páginas del diario de “Pascal Sévy” la naturaleza exuberante de los caminos astur-galaicos, los rincones de los pequeños pueblos, las construcciones de hórreos tan típicos y, a la vez, tan diferentes entre el Principado y la Comunidad Gallega. Todo eso que, sin duda alguna, ha quedado marcado para siempre en la pupila del caminante francés, queda perfectamente reseñado en las páginas de este relato de peregrinación. Porque al final, más que un diario en el más estricto de los sentidos, el trabajo ganador de esta primera edición del premio instituido por la Fundación Valdés – Salas, es un relato de peregrino. Nada que objetar a ello, más bien

al contrario, se agradece ese lenguaje sutil y erudito a partes iguales y se considera de interés para un conociendo, integral, único y diverso del Camino Primitivo.

Ese Camino Primitivo que hoy parece recuperar el puesto primigenio y protagonista que tuvo desde sus inicios, desde ese siglo IX en que fue recorrido por primera vez por la corte del rey astur a quien la historia otorgó el sobrenombre de “el Casto” y que quien debemos la existencia de esta gran ruta de peregrinación, de intercambio de conocimientos y de expresiones de la humanidad y que ahora, diez siglos mas tarde la UNESCO ha declarado Patrimonio Mundial junto con los trazados del llamado Camino Francés y el Camino de la Costa. Ese Camino Primitivo que atraviesa todo nuestro territorio, que lo desarrolla y al que da una posibilidad de subsistencia en un futuro difícil y complejo.

La labor de la Fundación Valdés – Salas está revelándose fundamental en esa lucha por la expansión y el conocimiento de la realidad de las peregrinaciones. Esa colección de mapas mundi ubicada en dependencias del palacio de quien le da nombre, y que también recoge Yves Ourtic en el texto de su diario, aporta una posibilidad de conocimiento de nuestro mundo desde tiempos primitivos hasta la actualidad. La biblioteca donada por el profesor Peláez o las continuas ofertas culturales y de investigación, dan un grado de extraordinaria trascendencia a su labor en la villa de Salas, en un lugar emblemático e importante del Camino Primitivo en Asturias.

Como presidente de la Agrupación de Asociaciones de Amigos del Camino de Santiago del Norte considero un privilegio el haber podido formar parte del jurado calificador de este primer certamen de diarios de peregrinación y agradezco públicamente a la Fundación Valdés-Salas su apuesta por el Camino y por los peregrinos, verdaderos protagonistas de la Ruta Jacobea, tanto en la época actual como en la del rey Alfonso II. Que esta generosidad y esta cooperación con los diferentes estamentos vinculados con las peregrinaciones y con el Camino de Santiago no decaiga, con ello saldremos ganando todos, pero fundamentalmente ganará Asturias y sus gentes.

¡¡ Ultreia e Suseia !!

Laureano Víctor García Diez
Pte. Agrupación de Asociaciones de
Amigos del Camino del Norte

GRATITUD Y RECONOCIMIENTO

En el momento de otorgar este Primer premio convocado por el Aula y la Fundación Valdés Salas para premiar el mejor de los Diarios del Camino Primitivo, el que abriera nuestro monarca Alfonso II, así como la fotografía más identificada con la naturaleza, la historia y el devenir de los caminantes, debo expresar públicamente mi gratitud y, a la par, mi admiración.

El agradecimiento se debe, como es fácil suponer, al honor, del que muy poco acreedor me siento, de haber presidido un Jurado tan cualificado y con saberes y experiencias tan complementarios a la hora de otorgar estos galardones. Partiendo de la calidad de las obras presentadas y venidas desde distintas latitudes, continentes, lenguas y ángulos fotográficos, la labor de quienes hubimos de fallar los premios fue tarea grata, enriquecedora, por los intercambios de juicios y matices tan diversos derivados de los originales presentados y por la forma en la que, sin atisbo de predeterminación ni posición inamovible de nadie, se arribó a la unanimidad.

No soy siquiera un romero acostumbrado a las penalidades, ilusiones y experiencias íntimas del Camino de Santiago en sus distintas rutas por nuestra región. Por línea paterna estoy, sí, vinculado profundamente a los tres primeros concejos por los que discurre el que llamamos primitivo y quizá debiéramos, para privar de una despectiva rusticidad, denominar genuino. Y, no muy lejos, en el occidente costero donde generosamente me han dejado echar raíces, cuento con una casa que ocupó lo que, siglos atrás, fue un hospital de peregrinos.

Tampoco soy un medievalista, ni un estudioso de las peregrinaciones religiosas por más que sí haya llegado muchas veces hasta el sepulcro del Apóstol tras hacer parada previa ante la estatua que Víctor Hevia le replicó allí al Rey Casto y aun cuando no perdí la ocasión, emotiva, de iniciar la senda francesa desde San Severino, en Burdeos.

En fin, tampoco soy un experto literario; ni siquiera un lingüista por más que la lectura de un texto como el de Yves Oustric, de una potencia lírica desbordante, me retrotrajera a la infancia y a la lengua que mi madre tanto había amado desde su infancia y adolescencia en el exilio.

Por ello, ante la exigüedad de mis méritos, quizá limitados a mi sola condición de Patrono de Honor de la Fundación, he de sentirme enormemente agradecido, más allá de las liturgias rutinarias que impone la cortesía.

Pero también quiero manifestar mi reconocimiento, en este caso a las personas galardonadas. Al referido autor de “Le Camino Primitivo. L’ autre Chemin de Compostelle. Journal d’un pèlerin du XXI siècle d’Oviedo à Santiago” y al polifacético autor de la fotografía “La bajada al embalse”, Harley Anderegg. Con su trabajo e inspiración he recreado, valiéndome de pluma y ojos ajenos, esa Asturias que tanto queremos y que hoy nos une, sin duda en este acto final de unos premios con vocación de continuidad y abiertos ya a otras experiencias que desborden todas las expectativas imaginables. Aunque, a fuer de ser sinceros, cuando concebimos esta primera edición, desde la intuición y la inspiración de Joaquín Lorences e Isidro Sánchez, no podíamos ser tan optimistas en cuanto al grado y la diversidad de la concurrencia y la calidad de los originales que se disputaron los galardones que ahora se entregan.

Por tanto y, en resumen: gracias por lo aportado; gracias por lo aprendido; enhorabuena y que Asturias siga siendo para estos dos amantes de nuestro país, un permanente camino de vida.

Leopoldo Tolivar Alas
Oviedo, 18 de mayo de 2016

Yves Oustric

LE CAMINO PRIMITIVO

L'AUTRE CHEMIN DE COMPOSTELLE

... DEUS ADJUVA NOS

Journal d'un pèlerin du XXI^e siècle

d'Oviedo à Santiago

ESCALQUENS

*Faites des rêves immenses
pour ne pas les perdre de vue en les poursuivant.*
William Faulkner

Oviedo au commencement du Camino Primitivo

San Sebastián, Bilbao, Santander... le chemin côtier, traçant sa route vers l'ouest, s'est définitivement éloigné quand je pénètre dans Oviedo. Je laisse derrière moi des paysages d'exception, des villes d'art chargées d'histoire qui s'enchaînent au fil des étapes, entre terre, ciel et mer, dans des décors somptueux et sauvages. Un itinéraire, frangeant les côtes du Pays basque et de la Cantabrie, avant de s'incurver définitivement vers l'intérieur, que les pèlerins ont foulé bien avant moi, parfois au mépris de leur vie, mus par une foi sans bornes, avec pour seul horizon: Santiago de Compostela. André, fidèle compagnon de route depuis le début, continue l'aventure avec moi. Pedro, avec qui nous avons partagé une bonne partie du parcours côtier, a décidé de poursuivre son voyage vers Compostelle, via Gijón, avec l'espoir de nous revoir à l'arrivée...

On ne part pas sur une route aussi immémoriale par hasard. Entre l'infini de la quête et l'ici et maintenant de l'aventure, il faut un but intime, sinon ultime, à ce voyage; une envie secrète. Non seulement mettre ses pas dans les pas de ceux qui nous ont précédés, mais encore suivre les traces du roi Alphonso II, parti d'Oviedo, la cité où il venait d'installer sa cour, et marcher sur les brisées d'un souverain devenu *chaste* pour la postérité tandis qu'il n'eut de cesse d'afficher ses ambitions. Au début du IX^e siècle, il entreprit son voyage audacieux vers un lieu appelé Iria Flavia, aujourd'hui Padrón, pour voir le sépulcre, récemment découvert, de l'apôtre Jacques. La mise au jour du corps du saint, ayant fait partie du cercle très fermé des appelés de la première heure par celui qui allait devenir le Christ de l'Histoire, fut un coup de tonnerre dans le ciel hispanique. Quand le pieux souverain décida la construction d'un sanctuaire digne d'accueillir les reliques de saint Jacques et de ses deux disciples, il ne se doutait pas qu'il venait d'initier l'un des événements culturels et reli-

gieux les plus importants de l'humanité... Un courant qui, au fil des siècles, allait s'amplifier et irriguer, d'un flux dense et ininterrompu, les routes du continent européen jusqu'à la cité sainte de Compostelle, phare de la chrétienté niché au cœur de la plus ancienne terre de la péninsule ibérique.

L'itinéraire emprunté par ce prince chrétien visionnaire, d'autres routes plus anciennes, conduisant au *Finis Terrae* galicien, l'avaient tracé bien avant lui. Ce bout du monde où la pratique de rites ancestraux avait attiré les civilisations antérieures, était un lieu propitiatore, pour ne pas dire magique. Celtes, puis Romains, firent de l'endroit où l'on pouvait voir le soleil mourir dans l'océan un exutoire et une terre fantasmée: la mort, comme toute fin, y étant un signe de renaissance à laquelle même les traditions antiques se sont référées pour célébrer leurs croyances, à travers des symboles forts et des rituels, sur des sites souvent d'exception.

Certes le Camino Primitivo, ce Chemin des chemins si l'on se réfère à sa primauté séculaire sur les autres, commence officiellement sur le parvis de la cathédrale du San Salvador, à Oviedo. Un lieu éminemment emblématique au regard de l'histoire locale: c'est le point de départ de la marche triomphale du roi Alfonso II à destination de la Galice. En réalité, l'idée d'Oviedo, où repose le saint Suaire, naît un peu plus tôt; dès que l'on pénètre sur le territoire des Asturies. Arrivé à Valdediós, l'évidence du Camino Primitivo s'était définitivement imposée à moi. La présence de l'église préromane dédiée au San Salvador au milieu de la solitude des lieux est plus qu'un signal d'alerte : une évocation et une allusion persuasive. Une fois à l'intérieur du refuge, reclus dans l'antre obscur de l'ancien monastère où nous étions cinq cheminants à faire étape, ce fut un rappel péremptoire: *Quien va a Santiago y no va al Salvador, visita al criado y deja al Señor.* (Qui va à Saint-Jacques et ne va pas à Saint-Sauveur, vénère le serviteur et délaisse le Seigneur).

Si Compostelle reste le but ultime du voyage entrepris sur le Camino del Norte, Oviedo en est le fondement. Comme si le titre envié de Principauté donné à la province des Asturies conférait, de facto, à sa capitale une prépondérance, sinon une suprématie, sur les autres voies jacquaires qui lui furent postérieures. Oviedo, à califourchon entre Camino de la Costa et Camino Primitivo, fait de ces deux axes juxtaposés un terreau culturel aussi inestimable que partagé et un point d'ancre cultuel nécessaire à la foi autant qu'au patrimoine spirituel et intellectuel dans son expression architecturale et artistique la plus éclectique.

En vérité, le tracé du Camino Primitivo s'amorce avant l'arrivée au pied de la cathédrale. Dès l'entrée dans la ville, les coquilles en bronze, incrustées au sol comme une allégorie urbaine de signalisation jacobite, accompagnent le marcheur jusqu'au sanctuaire du Saint Sauveur; guidé par une main invisible on aborde le casque ancien. Dès lors, le parcours citadin gagne en intensité ce qu'il perd en solitude. L'histoire de la cité, fondée au VIII^e siècle par le roi Fruela, dévastée par les Maures puis reconstruite par son successeur Alfonso II, protégée par d'épaisses murailles, se densifie. Il flotte dans l'air quelque chose d'intemporel tandis qu'on est confronté à une présence obsédante. Depuis le départ, on parle sur l'aventure; arrivé à ce point vérique du voyage, où souffle le vent de l'histoire mêlant Reconquista et religiosité, on est happé par le tourbillon des siècles. Devant la cathédrale, on est subjugué par l'élégance du style composite emprunté aux différentes époques et la hardiesse de l'unique tour au gothique flamboyant, quand la pierre jaune de l'édifice se détache, découpée au scalpel sur le ciel bleu azur d'un après-midi aux heures étales.

En attendant l'ouverture des portes, nous filons, André et moi-même, à la recherche de l'Albergue *la Peregrina*, en plein centre ville. Une adresse facile à retenir: calle Covadonga. Plus qu'une évocation, un souvenir glorieux faisant mémoire de la célèbre bataille remportée contre les musulmans, en 722, par Pelage le Conquérant, le bien nommé. Il avait convoqué son ban et son arrière ban pour s'assurer la victoire. Celle-ci sera considérée comme le point de départ de la reconquête des royaumes chrétiens qui ne durera pas moins de sept siècles! Ce fait d'armes majeur de l'histoire espagnole, versé au compte des chroniques de la Reconquista, éclaire avec d'autres une saga multiséculaire où s'affrontèrent les camps ennemis, entre escarmouches et batailles rangées, entre collusions avec l'infidèle et délations, entre fidélité et trahisons.

Le portail central d'accès à la *Santa iglesia catedral del San Salvador* donne le ton de la visite. Sous les voussures gothiques, une porte en bois de noyer aux décorations et motifs en arabesques. A l'intérieur, d'un sujet qui aurait pu être cliché, la découverte de l'ensemble monumental nous livre un propos complexe, étonnamment varié, qui illustre le syncrétisme architectural du sanctuaire résultant d'un inconscient collectif des époques autant que de la volonté de ceux qui l'initierent.

Le clou de la visite, pour ainsi dire, reste évidemment le saint Suaire du Christ qui a vécu la Passion et fut crucifié. Chemin, ô ! combien allusif, il faut s'elever par une volée d'escaliers jusqu'à la Camara Santa, la Chambre Sainte.

Cette montée, pour s'approcher au plus près d'une relique ayant appartenu au Fils de Dieu, devait être au Moyen Age l'aboutissement, sinon du pèlerinage, du moins d'un voyage intérieur, avant l'extase d'une vision unique, en un temps où son authenticité n'avait pas encore fait débat, la croyance portée par la ferveur populaire ne faisant alors aucun doute. Pénétrer dans cette ancienne chapelle du palais d'Alfonso le Chaste, c'est comme entrouvrir le voile d'un mystère qui perdure depuis deux mille ans. En s'avançant sous la petite nef du sanctuaire, décorée de colonnes statues du XII^e siècle, on est séduit par un art novateur à l'époque : les douze apôtres en pied, dont un Saint-Jacques aux attributs de pèlerin. Une tête du Christ, rappelant celle du portique de la Gloire de la cathédrale de Compostelle, accompagne le visiteur vers une révélation : la châsse en argent et au-dessus, flottant entre deux parois de verre comme par miracle, le Suaire élimé et maculé par l'épreuve du temps ! Clé de voute d'une foi en Dieu fait homme, il révèle au marcheur comme au pèlerin, leur part d'humanité, et à l'humble pénitent, méditant devant le mystère de la résurrection, sa part de véracité sinon de certitude. Les athées ne sont jamais pressés de confesser leur ignorance sur les mystères de Dieu, pas plus que les croyants leur incapacité à montrer les preuves tangibles de son existence. Seule la foi les sépare. Il faut laisser la flamme vacillante éclairer, à travers l'épaisseur du temps, un tant soit peu les paradoxes, ils sont la meilleure façon de s'approcher d'une vérité. *L'Arca Santa* et les reliques apportées de Jérusalem au cours du règne d'Alfonso II, dorment derrière une lourde grille, prisonnières de leur incomparable notoriété. Leur aura semble nimber la fabuleuse collection de croix offertes par les royautes successives qui ont présidé aux destinées des Asturies : Cruz de los Angeles, symbole d'Oviedo, Cruz de la Victoria, emblème des Asturies. A côté, la châsse dite des Agates, incrustée de quatre-vingt-deux pierres précieuses aux éclats d'escarbilles, renchérit sur la valeur d'un tel trésor. Quand on redescend les pieds sur terre, c'est pour lever les yeux vers le visage miséricordieux d'un Christ salvateur. Depuis le XI^e siècle, des milliers de pèlerins sont venus se recueillir et se confier, avant de prendre ou de reprendre la route. Leurs pas errants questionnant l'expression brûlante de leur foi et leur quête de rédemption développant leur regard intérieur, leur piété lumineuse, partagée avec d'autres en guise de charité chrétienne, faisait le reste; comme si leurs blessures avaient existé avant eux, ils semblaient s'être mis en marche pour les incarner. Le chemin, même ardu, prédisposait ceux qui venaient de loin à croire et, ayant vu Dieu partout à l'œuvre, les assignait à une aventure spiri-

tuelle. Peut-être marchaient-ils pour réparer ce qui pouvait l'être et essayer de se prouver que les vies brèves peuvent être pleines quand on trouve des raisons d'espérer?

Capilla del Rey Casto. L'histoire de ce roi pieux, passionné de reliques, qui a définitivement marqué celle de son époque, se ranime. A l'intérieur, le panthéon de la dynastie asturienne où reposent les monarques renferme des secrets de famille bien gardés et mêle aux vicissitudes d'existences royales partagées entre pouvoir temporel et pouvoir spirituel, la grâce d'une tentation esthétique réveillée par la proximité des arcades gothiques du cloître.

Dehors, la réalité est tout autre et s'impose *ex abrupto*. Sur le parvis de la cathédrale commence le Camino Primitivo. Une simple plaque en bronze fait mémoire de ses origines: *En los comienzos del siglo IX, desde esta basílica del Salvador, inició el monarca Alfonso II el Casto la primera de las peregrinaciones a Compostela para venerar la tumba de Santiago el mayor y fundar allí, en su honor, la primera basílica.* Ce premier Camino de Santiago allait générer un vigoureux mouvement culturel et spirituel, tout au long du Moyen Age, qui devait traverser les peuples de l'Europe d'échanges fructueux de savoirs et de savoir-faire. Dans la fabrique de l'histoire, les chemins de la connaissance étaient empruntés par les bâtisseurs de cathédrales, ces compagnons du devoir qui transposaient dans leur ouvrage des valeurs communes et civilisatrices, puisant leurs racines dans l'humus religieux des pèlerinages chrétiens que furent Jérusalem, Rome et Compostelle. Quand ils arrivaient, harassés au pied de la Basilique dont les pierres reflètent, comme une métaphore, l'usure du temps ainsi que le chemin parcouru, les marcheurs de Dieu, en quête d'une preuve tangible de leur foi, étaient soumis à leur propre étonnement. Ils réalisaient, tout à coup, qu'en s'ouvrant aux possibles le miracle de la vie pouvait advenir.



La façade gothique du San Salvador cache derrière une insolite dissymétrie l'une des reliques les plus vénérées de la chrétienté : le saint Suaire d'Oviedo.

Salas entre nature et découvertes

Départ peu après 6 heures. La fascination aide à supporter le poids trop lourd d'une expérience si peu banale quand bien même on s'y abandonne avec délectation. *La seule façon de se délivrer d'une tentation, c'est d'y céder*, préconisait Oscar Wilde. Dès lors, c'est comme si les pages d'une romance s'ou-

vraient devant moi, proposant à ma sagacité autant qu'à ma curiosité ce sentiment d'aventure qui naît chaque fois qu'on se met en frais pour aller explorer des sentiers débouchant sur l'inconnu.

Le matin frisquet, le temps maussade... je n'ai pas eu le courage de prendre des notes depuis le départ. Il m'a semblé que la froideur de l'écriture nuirait à l'éclosion d'une émotion latente.

Hier, nous avions envisagé de faire étape à Grado; puis aujourd'hui, l'embellie aidant, le bonheur de se retrouver en pleine nature, la facilité avec laquelle nous avalons les kilomètres, la beauté réitérée de paysages faisant la part belle à la marche entre le toboggan des collines et la vallée élargie du río Nalón, tout nous incite à poursuivre au-delà de la bourgade vite atteinte. Nous laissons le passé indien des palais urbains longeant la rue principale de Grado interroger l'époque bénie où les exilés de cette terre partaient faire fortune aux Amériques.

Cruz del Camino Primitivo de Santiago. A la sortie de ville, la vieille croix de pierre réenchanté le chemin ancestral, rendant l'histoire du pèlerinage asturien et celui qui l'incarna le premier, le roi Alfonso II, encore plus présents à la mémoire des lieux. Dès lors, tracés jacquaires ancien et moderne ne font plus qu'un, superposant idéalement au passé l'équipée contemporaine vers la Galice.

Le soleil a tenté une percée dans le courant de la matinée, puis il se rembrunit. Après avoir soufflé le chaud pendant la traversée du Pays basque, le printemps, depuis plus d'une semaine, fait grise mine au seuil de l'été avec parfois des températures quasi hivernales!

El Fresno, San Marcelo, à l'instar de Premoño ou de Puerma au début du parcours, nous initient aux charmes de la campagne profonde. Le cœur des Asturias se met à nu pour qui sait voir, dans le défilément des journées, la métamorphose des choses: ceux qui parlent rêvent de sensations, ceux qui partent les connaissent déjà.

Il faut se résoudre à continuer, le froid nous rappelant promptement à notre condition de vagabond. Une odeur de terre mouillée agitée par le vent se mêle au bruit des berges du río Narcea à hauteur de Santa Eulalia de Dóriga. Les kilomètres se sont succédé à un bon rythme, dévoilant sur le *Camino Real de la Mesa* un panorama montueux courant à l'infini, comme sculpté par un charpentier habile. Après plusieurs semaines passées à ahaner sur les montagnes russes du pays côtier, la distance n'en est plus une. On traverse le paysage,

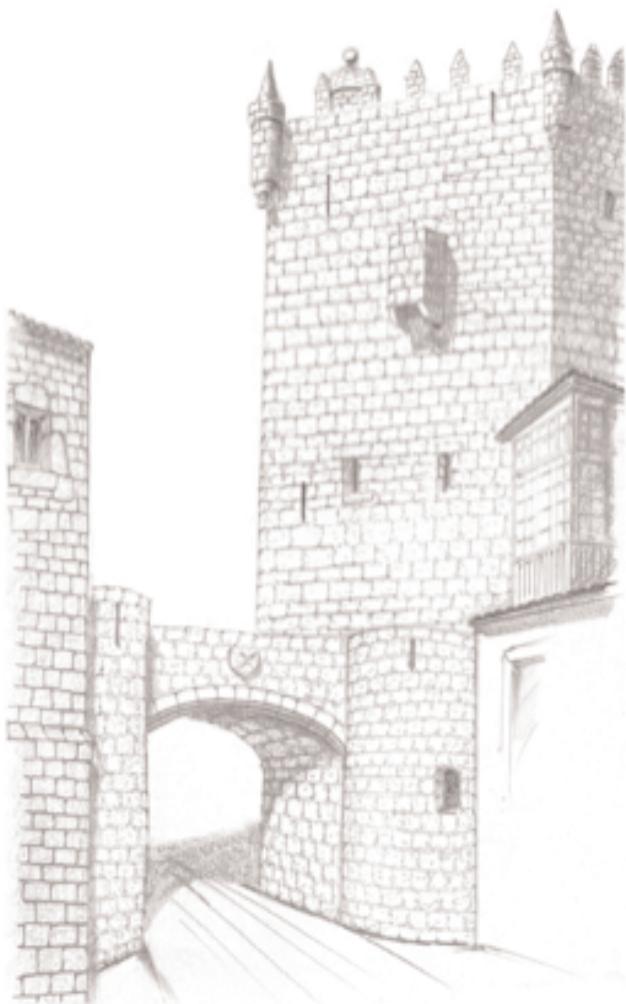
comme un brouillard épais, sans l'ombre d'un doute. On s'habitue au silence des grands espaces, rechignant par routine à l'interrompre, préférant le structurer en le meublant de sa présence; idée naïve d'une sorte de remise en vie perpétuelle répondant au besoin compulsif qu'éprouvent les férus de randonnées face à l'immensité et la peur du vide.

En franchissant le pont tendu comme une harpe sur les eaux étales du río Narcea, une main mozartienne allège le poids de nos pas d'une note aquatique. D'un seul coup, l'étape alourdie par la distance se dédramatise. Nous avions endossé des habits de forçats en présumant de nos forces, de l'autre côté du fleuve charriant des flux et des reflux de mémoire, San Salvador de Cornellana ranime notre flamme et embrase l'histoire des lieux. Le monastère du XI^e siècle tient toujours debout et fait perdurer son attachement au pèlerinage jacquaïre en conservant à l'église son chevet roman ainsi que le cloître. Avec la force persuasive d'un mirage, Salas, à un peu moins de deux heures de marche, germe à l'horizon de nos pensées. Depuis le départ d'Oviedo, nous avons marché, par monts et par vaux, une formulation consacrée pour rendre compte des aléas du terrain dans un décor de collines, cernés de bois de chênes et de châtaigniers, enfermés dans un même registre de verts et de pure nature.

La beauté répétitive des sentiers forestiers, seulement interrompue par l'occurrence de hameaux isolés, prolonge d'une surprenante monotonie celle d'un décor magistralement interprété. Llamas, puis Quintana... La fin d'étape se fait à marche forcée pour ne rien abdiquer de notre rôle de baroudeur dans le contre-champ du pèlerinage d'antan.

A l'arrivée à Salas, on est récompensé de sa ténacité. D'abord se borner aux priorités: se procurer la clé au bar du coin, comme dans bon nombre de pueblos espagnols où la population est partie prenante d'une hospitalité qui fait aussi sa réputation, s'installer dans un des dortoirs, s'adonner aux tâches domestiques de tout marcheur qui se respecte... Puis, séance tenante, avant que la lumière artiste des fins d'après-midi ne faiblisse, je me dirige vers le centre historique, petit par la taille, grand par son talent architectural. Autour de la place, en haut de la rue principale longeant le *río* endigué comme les coursives d'un moulin, se concentre l'ensemble médiéval qu'animent les vieilles pierres. Eglise San Martín de style gothique à l'allure défensive ; anciennes murailles, prolongeant la tour carrée dressée telle une vigie au-dessus des toits de tuiles rouges; palais Valdés-Salas, exemple d'architecture civile du XVI^e siècle, dont la chapelle a été reconvertisse en salle d'exposition, les bâtiments faisant fonction, tout à la

fois d'hôtel et de maison de la culture. Il faut se hisser jusqu'au premier étage de l'office de tourisme pour remonter le temps. Les jacquets du Moyen Age, en route pour Compostelle, auraient écarquillé leurs yeux devant ces guides cartographiant le monde. Des premières ébauches, au VI^e siècle, d'une Terre à peine sortie des limbes de Thétys jusqu'aux mappemondes surchargées de détails où figurent les dernières *terrae incognitae* du XVI^e siècle... on y réalise, d'un seul coup d'œil, le plus merveilleux et, sans doute, le plus périlleux des voyages qui auraient fait pâlir d'envie les capitaines les plus aguerris de la conquête des océans. Les curieux fac-similés, au statut d'objet précieux de bibliophile, font figure, sous la poussière des siècles, de vestiges archéologiques dont on sollicite le témoignage historique. Même si le symbolisme et l'approximation des portulans, parés des armoiries des *grands et des curieux* commanditaires, font naître quelque perplexité, l'émotion propre au manuscrit, pièce unique par définition, participe de ces premières découvertes. D'un intérêt hybride, les inestimables documents font foi, à l'aide de tracés géographiques et de listes resserrées de toponymes, des longs voyages entrepris souvent sans espoir de retour par des aventuriers, comme, à pareille époque, d'intrépides pèlerins accomplissaient sur le mode pédestre leur lointain pèlerinage au péril de leur vie. Au dernier étage, des livres anciens, pour la plupart des originaux dormant dans des vitrines sous leur plafond de verre, composent une collection non moins originale, représentative de la littérature et de la civilisation espagnoles, clin d'œil manifeste à l'université d'Oviedo, qui a gardé des accointances avec l'illustre demeure.



Vestige du château, la tour médiévale semble posséder la clé magique du destin de Salas

En route pour Berducedo au cœur des Asturias

Aujourd’hui, l’étape s’annonce courte mais difficile. Avec le col de Palo, culminant à près de mille deux cents mètres d’altitude, nous franchirons le point le plus élevé du Camino Primitivo.

Au départ de Pola de Allande, j'ai gardé le souvenir comptant des deux dernières journées de marche à travers une montagne asturienne authentique et émouvante à souhait. D'abord les champs bordés de murets, les chemins creux se confondant avec la *calzada* ancestrale, les chapelles et les églises pour nous accompagner jusqu'à Tineo, où la Plaza del Hospital de los Peregrinos apporte la preuve que bien d'autres avant nous furent accueillis dans le bourg s'étageant à flanc de montagne. Ensuite la longue chevauchée d'hier, superbe à travers bois, avec en point d'orgue le monastère Santa María Real de Obona, une ancienne halte de pèlerins, avant l'arrivée à Pola sous le regard inquisiteur de la surprenante forteresse de Cienfuegos.

Dehors, le jour ne s'est pas encore levé, cependant le ciel bien dégagé est une promesse de beau temps, même si un froid nocturne accompagne nos premiers pas dans le bourg endormi.

Le sentier, sans doute par mimétisme, serpente d'une berge à l'autre du río Nisón et redonne ainsi au terrain prosaïque une impression d'inquiétude sournoise venue du loin des âges. Sous la futaie des hêtres centenaires, le pittoresque alarmant du sous-bois prolonge l'atmosphère d'une pénitence héroïque d'autrefois.

Nous avons laissé le hameau de La Reigada et ses deux ou trois fermes isolées pour entamer l'ascension du col del Palo, l'Olympe, en quelque sorte, du Camino Primitif, même si, du haut de ses 1146 mètres d'altitude, il ne saurait rivaliser avec les sommets à franchir sur le Camino Francés.

Quand le plus dur est fait, le col del Palo atteint, le paysage désolé devient un rêve de vaine conquête ; il reste la fatigue légitime au moment de franchir la crête pour comprendre le sentiment de plénitude rude qui vous envahit au contact d'une réalité. En plein soleil, après deux heures d'une montée éreintante, un vent de folie accueille les conquérants des cimes empruntant depuis des siècles le passage. Secoué dans notre hébétément, ébranlé dans nos certitudes, sous l'azur du ciel, au milieu des chaos de roches blanches, on jette un dernier regard alentour pour mesurer le poids de l'effort à la majesté du panorama. La beauté épurée des perspectives se passe de commentaire et assène sa vérité : aucune présence humaine à la ronde! Un manque fait pour s'approcher d'une certaine désolation, où l'esthétisme de la privation fait écho à une certaine ascèse du pèlerin.

De là, on amorce à grands pas la descente, en direction de Montefurado; louvoyant à travers le massif recouvert de genêts et de bruyères en fleurs, à

L'abri de la bourrasque, le parcours prend l'allure d'une agréable promenade au cœur d'une nature émancipée, alors que quelques instant plus tôt on subissait ses bournades. Le hameau apparaît au bout d'une longue draille de pierres sèches dressées de guingois. Un ermitage dédié à Santiago, une poignée de maisons et des granges abandonnées aux grandes solitudes... c'est tout ce qu'il reste des dernières habitations d'un arrière-pays où les vieilles pierres sont entrées en résistance. Difficile de s'imaginer que l'ancien hôpital de pèlerins et ses dépendances gisent au milieu des ruines éparses de ce qui fut, durant des siècles, une étape importante sur l'itinéraire nord espagnol

Nous étant rejoints, après une halte pour se désaltérer copieusement et reprendre son souffle, nous repartons ensemble, André et moi, portés par nos conciliabules et nos considérations matérielles sur le profil ardu de l'étape. Autour de nous, les monts chauves; à nos pieds, la lande inculte où paissent quelques vaches étiques laissées en semi-liberté. Dans les replis de la sierra, la pavane des villages perchés sur les versants éteints de couleur brune ressemble à des îles perdues au milieu d'un océan montagneux dont l'atmosphère âpre clame sa singularité. On se croirait volontiers sur un petit toit du monde, noyé par les couleurs d'une palette unique aux teintes sourdes, barbouillant le tableau, à perte de vue. Ces hautes terres fascinantes que l'on scrute dans leur isolement, le désert inquiétant et mystérieux épant de son immensité la témérité du marcheur, la petite chapelle posée au seuil des solitudes mystiques, gardienne des lieux depuis des siècles... tout concourt à exaucer ce rêve de pèlerin que l'amour pour les chemins de Compostelle y ramène.

Dans la descente, le long des pentes raides, le pas s'accélère naturellement. Avec la proximité de l'entour du sentier, la flamme des couleurs se ranime : violet chatoyant des bruyères et jaune vif des genêts. Au milieu de la matinée, nous n'en sommes qu'à mi-parcours. Lago se profile à environ une heure de marche, Berducedo, le but de l'étape, est à une dizaine de kilomètres tout au plus.

Le chemin s'échappe et grimpe à nouveau à travers une pinède. Course à l'aventure en forêt: dans la spirale des heures, le vent murmure à l'oreille des rameures des chants anciens ressassés par la multitude des nations depuis des temps immémoriaux. Puis, sur le sentier des crêtes, à découvert, les clôtures en fil de fer barbelés écorchent le paysage jusqu'aux bois limitrophes. Peu avant midi, le timbre des sonnailles annonce, contre toute attente, l'arrivée imminente à l'albergue, comme si la fin de matinée nous avait filé entre les doigts.

Lassé de la danse endiablée des monts, l'accueil d'une terre défrichée et cultivée à l'entrée du pueblo prend l'allure d'une victoire qui rend, tout à coup, l'étape longue plus facile et allège le poids du sac à dos comme s'il s'agissait d'un pesant fardeau. Il est de par le monde des terres par endroits pauvres, parfois austères et cependant toujours belles; Berducedo, au cœur des Asturias où aboutissent les anciennes voies de transhumance et la vieille route de Compostelle, est de celles-là.

Le soir venu, l'albergue affichant complet, les marcheurs attardés se mettent en quête d'un gîte pour la nuit. Un court instant, ils se mêlent au commun des villageois sur qui la conscience des âges a passé sans les ébranler, pour se pourvoir en nourriture dans l'épicerie-café de l'endroit, avant de poursuivre plus loin. Dans une pérégrination de longue haleine la durée a peu de valeur ; la garantie de l'hébergement et les facilités de ravitaillement importent plus que tout le reste.

Les seules besognes qui m'ont occupé, dans le courant de l'après-midi, sont la rédaction de quelques notes et les corvées domestiques. Dehors, le soleil s'étant définitivement réconcilié avec le printemps, la lessive longtemps tenue en berne à cause d'une météo récalcitrante, faseye au vent dans le champ d'à côté, jusque tard dans la soirée. Ultime geste prosaïque de la journée, le ramassage du linge me projette déjà dans les prémisses du lendemain.



Santa María de Berducedo symbolise deux attachements:l'un à l'histoire des lieux, l'autre aux traditions locales

La vallée engloutie de Grandas de Salime

Nous partons au point du jour. L'étape d'aujourd'hui est relativement courte, un peu plus d'une vingtaine de kilomètres, cependant elle ne s'annonce pas de tout repos; le barrage noyant la vallée encaissée du Salime est un obstacle redoutable avec un double dénivélé représenté par l'échancrure abrupte de la vallée qu'il faut franchir à la manière d'un sommet inversé!

Ce matin, à la quiétude de la nature répond l'incertitude de l'inconnu; de l'improbable itinéraire emprunté par Charlemagne en suivant, selon la légende, la Voie lactée aux trajets actuels en passant par l'épopée asturienne du roi Alfonso II, les siècles n'ont pas comblé le vide sidéral de la route, ni gommé les peurs ancestrales inhérentes à toute entreprise audacieuse.

En moins d'une heure de marche, nous atteignons un premier hameau et sa petite chapelle. Rappel convenu d'une présence religieuse qui nous accompagne depuis longtemps, de distance en distance, sur les pistes solitaires hantées par la permanence de saints et de madones. Peu après, un soleil orangé surgit à l'est, plaquant nos ombres loquetauses sur le bas-côté de la route, tandis que la féerie du matin calme et les vallons nimbés de brumes nous tiennent en haleine jusqu'à Buspol, une ferme hameau perdue dans la montagne. Ancienne étape sur le Camino Primitivo, l'ermitage Santa Marina y perpétue une pratique assez répandue: une fente aménagée dans l'huis verrouillé sert de tronc pour les éventuelles aumônes.

En quelques pas, on se rend compte que l'on vient de basculer du Moyen Age au milieu du XX^e siècle, dans les années cinquante, à une époque où toute une économie locale fut rayée de la carte du monde en un clin d'œil, poussant les paysans des terres immergées à un exode forcé, leur vie ayant, tout à coup, chaviré dans une autre époque. *Les idées que les ruines éveillent en moi sont grandes. Tout s'anéantit, tout pérît, tout passe. Il n'y a que le monde qui reste. Il n'y a que le temps qui dure. Qu'il est vieux ce monde. Je marche entre deux éternités.* Diderot, dans *Ruines et paysages*, traduit avec une pertinence de ton saisissante ce sentiment d'abandon qu'évoquent les images du passé. Les autochtones ont conservé au drame sa part d'invraisemblance, faisant ressurgir de l'ancien temps les vieux démons... Une légende populaire rapporte que le pont médiéval avait été baptisé par le diable. Or, un jour, pris de boisson, celui-ci tomba à l'eau. Il appela au secours, en criant: Salime! Salimé! (Sortez-moi, Sortez-moi). Le nom du pont de Salime, resté dans toutes les mémoires, serait une allusion à la fable burlesque que l'on se racontait dans les villages, à la veillée. Il n'y a que les contes puérils pour nous emmener, à la manière d'un tapis volant, à la découverte de représentations oniriques et nous livrer, subrepticement, une morale jamais contraignante, toujours empreinte d'une infaillible sagesse.

Longue et interminable descente... aux enfers, si l'on se réfère aux tribulations de l'ancien locataire des lieux, avant d'atteindre enfin, l'Embalse de Sa-

lime dans un site paradisiaque. Le barrage, courant d'une rive à l'autre, improvise une mise en scène dans un écrin luxueux: de cet immense balcon surplombant le vide, on a un panorama époustouflant sur la vallée!

Durant la lente ascension, avec en point de mire les autres compagnons, chacun faisant l'expérience d'un long moment de solitude sur la route incandescente, le dos vouté sous la tension de l'effort, je me dis que pour certains, jamais de toute leur vie ils n'ont passé autant d'heures seul à seul, jamais sans doute ressenti le paradoxe du bonheur de leur propre compagnie associé au châtiment et au bien-être de la marche. L'enchaînement des étapes démontre beaucoup de nos propres forces physiques et mentales. De nos faiblesses et de notre insignifiance face à l'importance de la vie et de ses épreuves.

Après deux heures de montée ininterrompue et une volonté de fer, on atteint enfin, les reins brisés, les dégagements du plateau herbeux où s'étire Grandas de Salime. Le caractère alpestre du site doit beaucoup aux grands bois et leur proximité. L'antithèse frappante qu'offre la sérénité du paysage avec l'âpreté de l'ascension des derniers kilomètres a de quoi surprendre tout le monde, sauf ceux qui sont nés et ont vieilli dans le giron d'une géographie, de toute éternité, contrastée. Le clocher, comme un signal d'alerte se hissant au-dessus du pueblo providentiel, tisse une harmonie avec l'horizon des monts. Aux munificences de la nature surabonde la quiétude des lieux. Il faudrait quelque élégie antique pour traduire la pure poésie de Grandas de Salime! Le charme de l'endroit est une abstraction intellectuelle, il n'est pas comptant des considérations prosaïques du marcheur recru de fatigue à l'arrivée.

Le bourg apparaît comme un vaste territoire gagné sur le massif forestier qui semble protéger un mode de vie ancestral où, par tradition et nécessité, les contingences d'une vie quasiment autarcique ont favorisé une transmission des savoirs et des usages locaux; un legs inestimable hérité des générations successives de paysans et d'artisans mais dont la lignée a fini par se tarir. Un musée ethnographique, créé à l'initiative du dernier... des Mohicans, le forgeron du village, témoigne d'un atavisme viscéral de la population excitant de sa ruralité pour perpétuer une existence fondée sur des valeurs communes. La collégiale del Salvador, bâtie sur les fondations d'une chapelle primitive, participe de cette foi des natifs en un passé toujours présent; certes les paroles, dont le pouvoir dû au culte les a subjugués naguère, ne convainquent plus qu'une poignée de fidèles qui se sont réduits comme une peau de chagrin. Le modeste sanctuaire initial fut transformé et agrandi au cours de son histoire: la

tour, la salle capitulaire, le transept, les sacristies, le narthex sont des apports tardifs. Restent des origines romanes deux sépultures ainsi qu'un portail. Par contre l'ancien hôpital de pèlerins, s'élevant à proximité, a disparu du paysage urbain. Dédié au Sauveur, la *colegiata*, remarquablement située entre la capitale des Asturies et celle de la Galice, faisait office, surtout à l'époque médiévale, de marchepied vers le Christ salvateur au mitan du chemin de Saint-Jacques, là où par essence l'absolu de la quête se concrétisait dans la poursuite d'un vœu rédempteur. Pour l'insatiable pénitent du Moyen Age, fuyant les imprécations d'ici-bas, une marche de plus venait d'être franchie le menant, par ses prières, vers le Très-Haut...

L'entourage, composé de vieux briscards voisinant avec les néophytes du Camino, est souvent compatissant envers ceux qui souffrent des exigences d'un parcours effectué parfois à marche forcée. Aujourd'hui encore, la liste des éclopés s'est allongée. Plus que l'itinéraire du jour, la succession des étapes imprime inévitablement ses stigmates sur les organismes lourds de fatigue. Dans la cohorte des estropiés, un père et son fils, faisant équipe depuis le départ d'Oviedo, sont arrivés, une fois de plus, en piteux état. Pour ne pas avoir le plaisir de voir sa souffrance plainte, le jeune homme, infirmier de son état, s'astreint quotidiennement à soigner ses ampoules aux pieds, à l'écart du groupe. La veille, sur le point d'abandonner, et le lendemain, apprêté pour un nouveau départ, plus ingambe que jamais!

Ainsi va cette fantastique parade sauvage. Epreuve d'endurance s'il en est, synonyme par ailleurs de convivialité et de savoureux moments de rires mêlés d'impertinence et de douce folie...



La collégiale San Salvador de Grandas de Salime reflète la synthèse architecturale de plusieurs époques

Cap sur la Lucus Augusti romaine.

Dans mon esprit les étapes de Fonsagrada et de Castroverde, ne furent qu'un prétexte pour se rapprocher de Lugo, magistralement portée sur le devant de la scène par la renommée d'un passé élogieux. Pour autant, je n'oublie pas l'entrée en Galice, à marquer d'une pierre blanche après un mois de marche, avec des paysages splendides et de nombreux hameaux peuplés de chapelles et d'*horreos* faisant le lien avec une vie rurale encore vivace. Passages en forêt, navigations ventées à travers la lande... il n'y a rien de tel pour vous piquer au vif et vous pousser à avancer.

C'est un départ comme je les aime. Un de ces matins où la nature vous ensorcelle avec la magie trompeuse des aubes claires et où d'emblée, on s'abîme

dans la bénédiction d'une sensation unique et d'une sorte de joie de vivre, alors même que la route vous attend au tournant. Après la longue traversée du bourg, dès la sortie on emprunte le passage sous le pont routier. Le cheminement aménagé fait un coude. Adieu... la dernière maison est hors de vue, une nouvelle étape commence, avec au bout l'ancienne Lucus Augusti romaine: Lugo et ses célèbres remparts antiques inscrits au Patrimoine mondial de l'Humanité!

Une heure de marche. Le hameau de Souto de Torres, au caractère galicien bien marqué, signe son identité avec des grosses pierres de granit aux façades des maisons. Une rugosité qui répond à l'âpreté de la route semblable à un sable: des millions de grains de poussière captent le passage des siècles, infusant une promesse éternelle aux pèlerins comme aux hommes. Ces vieilles pierres que le soleil rallume et la vie éteint ont quelque chose de prophétique sur le camino de Santiago: nous nous réveillons chaque matin sur un îlot de liberté, même si l'empire de la nécessité nous constraint, au quotidien, à user notre volonté à la rudesse de la route.

Vilar de Cas, Santa María de Gondar, Bascuas, As Casas da Vina... On y perd un peu son castillan dans tous ces noms de lieu, d'autant que d'un hameau à l'autre, le sentier sinue, jouant à cache-cache avec la route goudronnée qu'il vaut mieux éviter. Cependant, pas ou peu de difficultés; l'interminable traversée de la Sierra, avec sa litanie de pistes montueuses, prend fin à l'approche de la grande ville, non sans avoir laissé des traces sur les organismes déjà mis à rude épreuve par un chemin côtier qui n'en a que le nom et n'a de cesse de vouloir vous égarer au milieu de l'insolente beauté de la montagne basque. Heureusement l'étape d'aujourd'hui est relativement courte et fait figure de longue promenade conduisant au pied des murailles érigées par les Romains et qui allaient servir, quelques siècles plus tard, à endiguer le fanatisme exacerbé des troupes sarrasines.

En fin de matinée, Lugo, telle une ville blanche flottant au-dessus de la ligne sombre des forêts, a l'apparence d'une médina africaine. Une sorte de mirage inaccessible, s'étaguant à flanc de colline dans le lointain, sous la crue du soleil inondant le théâtre de verdure qui lui sert de décor. Pour s'approcher au mieux d'une révélation rien ne vaut l'accoutumance patiente aux pistes caillouteuses alternant avec les sentiers herbeux pour s'accorder à la topographie et à l'environnement. Un temps de latence qui anticipe sur la réalité somptueuse, même si paradoxalement, la découverte d'une ville ou d'un lieu s'avère, en définitive, plus riche que l'intuition imaginative. Dans *L'Art d'aimer*, Ovide

conseillait de *ne jamais hâter le terme de la volupté pour y arriver insensiblement avec des retards qui la diffèrent...* Les choses ultimes ne pouvant être vues qu'avec une certaine poésie, le désir précédent l'arrivée est le premier acte d'un mouvement où le plaisir et la joie y sont la récompense suprême.

Quand on franchit l'ancien pont de pierre enjambant le cours étique d'un ruisseau, c'en est fini de l'attente. L'ancienne capitale qui se cachait sous son titre emphatique décerné par l'Unesco, se dresse fièrement derrière des fortifications inexpugnables. Pour les atteindre, il nous faut encore livrer bataille à travers les chicanes du faubourg ; une impasse bute contre des marches, les retrouvailles avec le balisage officiel prennent le relai pour nous aider à gravir les derniers mètres! En entrant par la Puerta de San Pedro, dite Toledana, comme le fit le roi Alfonso II le Chaste, en 829, on mesure d'emblée l'étendue des siècles, pas encore celle des remparts cyclopéens. Ce n'est qu'en grimpant sur le chemin de ronde qu'on peut ressentir le souffle puissant de l'Histoire se mêler au présent. J'aime moins les villes qui ont poussé de bric et de broc que celles qui sont lumière. Lugo éclaire le Camino comme nulle autre. La cité éponyme de l'empereur Auguste, construite en l'an 15 avant notre ère, fut la capitale de la Galice avant de céder la place à Compostelle. Grandeur et décadence... Pourtant l'enceinte fortifiée aux dimensions colossales: deux kilomètres de pourtour, quatre à sept mètres d'épaisseur, entre huit et douze de hauteur et les quatre-vingt-deux tours encore debout sur les quatre-vingt-six initiales, ne laisse pas d'impressionner par sa taille et surtout sa longévité. Emblématiques, les vestiges exhaussés de la gangue des millénaires veillent sur un héritage préservé et témoignent des tumultes qui ont agité l'extraordinaire citadelle galicienne. Seules fortifications en Europe à être aussi complètement conservées, elles sont une gageure qui tord le cou aux vicissitudes du passé pour ne retenir des aléas des guerres cantabriques successives, au cours desquelles elles furent élevées, que la fierté d'une place forte réputée imprenable. Les antiques *murallas* s'érigent en rempart contre toute hérésie architecturale et l'urbanisme contemporain s'élevant hors les murs se côtoient sans jamais s'affronter. A l'intérieur, la vieille ville transpire une atmosphère intemporelle de musée à ciel ouvert. En flânant dans les rues ombrées servant de contre-feu à la lumière trop vive de la mi-journée, on a l'impression de visiter un lieu où pendent des tableaux de toutes les époques suspendus aux cimaises des vieux quartiers. Ce sont vingt siècles d'art que l'on contemple! Au milieu de tout cela, Santa María, dont la construction débuta avec le XII^e siècle et se pour-

suivit sous la houlette de Maître Mateo, le bâtisseur de la cathédrale de Compostelle, affiche une indéniable solennité en empruntant aux apports successifs leur part de grandiloquence. Quand Alfonso II traversa la ville, la basilique plus ancienne qu'on finissait de construire lui aurait tant plu qu'il ordonna d'en emporter les plans pour servir de modèle à celle du Salvador d'Oviedo. Roman, gothique, baroque... la pérennité de l'édifice tient à l'éclectisme des styles qui le composent ainsi qu'aux nombreux embellissements, parachevés jusque dans le moindre détail. Absidioles autour du chœur, trèfles des baies gothiques, inflorescences de pierre géométriques, acrotères servant de piédestal aux statues, tailloir des chapiteaux faisant saillie sur les colonnes... constituent un témoignage unique de l'univers spirituel des habitants comme d'une Europe médiévale empreinte de religiosité.

En fin d'après-midi, quand l'ombre creuse le sens artistique du monument qui a traversé les siècles sans avoir renié son goût pour l'ostentation, les belles pierres défient le soleil et son éclat de feu. Une façon autour du sanctuaire de Santa María, ouvert aux pèlerins qui s'arrêtent pour prier devant le saint sacrement exposé sans interruption depuis le XII^e siècle, de passer de l'heure de la dévotion à celle de l'émotion et d'abolir le temps en l'anoblissant. Tout près de là, la petite Praza do Campo, ornée d'une fontaine, rappelle avec nostalgie le centre de la cité médiévale où se tenait le marché, tout bruyant de camelots et de boutiquiers. Aujourd'hui, le pôle d'attraction a muté vers l'agora moderne de la ville: la Praza Maïor. Dans le prolongement de la Casa do Concello, un bel exemple de baroque galicien avec ses loggias lui donnant un faux-air d'Italie, la Grand' Place signe la magnificence d'une ville en tout point monumentale. Il ne manque que l'orchestre sous le kiosque à musique pour faire sonner les trompettes de la renommée, sinon d'une gloire recouvrée. Difficile d'être réfractaire à la poésie des lieux, à leur envoûtement, au clin d'œil permanent de l'histoire où passe comme une ombre le souvenir du roi Chaste, condottiere de soldats et, pour la légende, aussi pieux que brave au combat.

Mon ébauche de la cathédrale en poche, je me dis que le contact avec la cité, aussi prestigieuse soit-elle, ne se réduit pas à un monte et baisse du crayon sur une feuille de papier. Il y faut l'échange avec les habitants, le meilleur des consentements à des noces éphémères avec la population pour rompre la solitude quotidienne du marcheur. Un regard, une simple parole, en Espagne, humanisent la rencontre. C'est ainsi: quand on s'adresse aux gens, très vite le tutoiement devient le ton du dialogue, succédané à la fois d'une familiarité

amicale et d'une affinité réciproque. En fin de soirée, à l'heure des sacro-saintes tapas, il m'aura suffi de faire escale sous les arcades où résonne la rumeur populaire de la liesse improvisée chaque jour que Dieu fait, semblable à l'écho lointain d'une infaillible sérénade, pour vérifier les bienfaits indicibles de ce que les Espagnols appellent: *la convivencia*.



Au pied des fortifications, l'esthétique et le silence sont au cœur de la cathédrale de Lugo où l'ombre rivalise avec la lumière

Melide à la croisée des chemins

Hier, passé la porte de Santiago et franchi le pont romain, dès la sortie de Lugo, la campagne galicienne incitant à la flanerie, il aurait été impardonnable de ne pas faire un crochet par Santa Eulalia de Bóveda et sa chapelle paléochrétienne aux origines énigmatiques.

Départ de Ponte Ferreira avec les lueurs précieuses de l'aube qui nous attend comme un veilleur au seuil du jour. Aujourd'hui, nous faisons route vers Melide, le terme d'une longue étape. Pour tenir le coup: trouver l'abord lumineux du Chemin et observer les merveilles d'une nature souveraine. Les éléments, comme les événements extérieurs s'accordent à nos propres limites pour nous indiquer où est le juste milieu. Ce lieu étrange et familier concentrant les fai-blesses et les fragilités de l'homme dans le réceptacle où s'élaborent sa grande générosité et son dévouement envers les autres, corolaire indispensable à son extrême dénuement. Un endroit intimement secret et irrationnel par son côté inconstant, logé au cœur de la mouvance des jours, qui a sa raison d'être et nous offre une occasion unique dans la vie de pouvoir remercier.

Je sais par expérience que ce sont mes derniers instants de solitude. Ce soir, le Camino Primitivo se fond dans le Camino Francés où afflue la foule des pèlerins. Certes la route jusqu'à Santiago, dont le charme se sera émietté, conserve tout son magnétisme à l'approche de la Ville sainte, mais, après avoir fait longtemps l'école buissonnière, on aura le sentiment irrémédiable d'être rentré dans le rang.

Une fois en route, sous un ciel livide et brumeux, le vent s'est levé, secouant le faîte des grands arbres et excitant la criaillerie lugubre d'une nuée de corbeaux. Le tableau surréaliste emprunte sa poésie décalée aux mornes paysages hivernaux de Breughel. Puis la campagne, indifférente à l'unité d'impression, ne résiste pas à la joie d'une tache vive, un vermillon qui détonne parmi les gris et la pâleur d'un horizon semblable à une représentation picturale indéfiniment répétée. La nature, fourmille d'allusions à notre condition temporelle et à notre finitude. Face au devenir éternel de celle-ci, la fragilité de l'existence, l'absurdité de son agitation y sont questionnements.

Nous poursuivons, la tenture déployée des cieux et le char des nuées sur nos têtes. On avance sur les ailes d'un vent léger venu de l'ouest en loyal messager de la fin des terres, alors que les bornes jacquaires se succèdent à un rythme soutenu comme pour nous presser d'avancer alors que nous n'en

sommes qu'au début du parcours. Le paysage n'est pas grandiose mais offre une possibilité exempte de soucis pour le traverser.

Chemins creux emmurés par des pierres moussues, bois de chênes tapissés de fougères. La Galice joue la carte de la séduction avec des paysages attachants fidèles à l'image que l'on s'en fait. Revêtu d'une aura flatteuse qui le poétise à travers un récit brodé de mille détails, le Camino n'a pas fini de nous étonner ; surtout les amis, une fois rentré, pour qui l'évocation d'une image d'Epinal où transparaît le romantisme d'une aventure contrastée et fascinante, se pare d'une incomparable nostalgie. Faire un pas de côté dans son quotidien, se laisser déranger par un rendez-vous sortant de l'ordinaire, se mettre en mouvement au gré des jours imprévisibles pour explorer ses capacités d'endurance permet de se rendre compte que l'inattendu, l'espoir, l'étonnement, le courage..., autant de mots qui ont du sens et sont au nombre des motivations profondes, portent la pérégrination au plus haut degré des valeurs humaines!

Dès qu'une zone humide se présente, une *corredoira* sert de valet de pied pour se frayer un passage en se tenant sur le haut du pavé et rejoindre sain et sauf le prochain village. San Xurxo de Aguas Santas, Merlán San Salvador, Castro as Seixas, Hospital das Seixa... tous ces hameaux pointant leur clocher vers le ciel, rappel de l'infini, tissent au sortir des sentiers parfois boueux, parfois équipés de gués, un chapelet où les anciens, à bout de souffle, ont sué sang et eau et les pèlerins indigents versé des larmes tout en professant un mépris absolu du danger. Toutefois on n'a jamais autant glorifié cette terre de pèlerinage, avec la marche et le plaisir d'échanger qui lui sont intimement associés.

S'élancer, tête en avant dans le brouillard, battre la lande hérissee de rochers, hantée par la silhouette de pèlerins arc-boutés sur leur bâton, avançant vent debout, sous leur pèlerine gonflée par le sac à dos... s'apparente à une vision conforme aux chroniques anciennes, même si le récit n'est pas tout à fait celui d'une époque révolue, le pèlerinage ancestral n'ayant jamais fini. Seul le monde des païens, des impies et des mécréants qui se comptaient sur les doigts d'une main au milieu des princes, des prédicateurs et de ceux qui adoptaient la profession de mendiant aux défroques en harmonie avec leur temps, commande de comprendre, comme un pré-requis, que nous avons changé de siècle. L'image du pèlerin dans une société de plus en plus sectaire peut sembler désuète, mais n'est-ce pas plutôt l'homme moderne qui court vers son obsolescence dans un monde en pleine mutation qui se cherche?

Le col marquant le passage de la Sierra do Caréon ouvre une fenêtre sur le ciel bleu pour la première fois de la matinée. La lumière s'y engouffre, modélant tout à coup les formes et festonnant le contour des ombres couchées sur les champs verdoyants. C'est l'instant que la nature choisit pour exercer ses envoûtements sur une terre de pauvreté où les hommes, depuis toujours, ont tiré le diable par la queue sur un chemin pourtant pavé de bonnes intentions : ermitages, chapelles sous le vocable d'un saint, attestent une piété ancienne, même si, aujourd'hui, la ferveur populaire n'est plus accompagnée par une pratique effective de l'indulgence et de la charité.

L'ascension s'achève sur une crête gardée par une armée d'éoliennes qui surveille la frontière entre les provinces de Lugo et de la Coruña. Les pins odorants et une lande couverte de genêts et de bruyères accompagnent notre descente vers Vilouriz.

Les eucalyptus, puis les treilles couvertes de vigne, supportées par de fines bêquilles de granit nous introduisent, pas à pas, dans le décor familier d'une Galice pérenne. Le parcours louvoyant dans les vallons suit à distance les sinuosités du *río* tout en épousant, avec une lenteur de circonstance, la topographie du paysage. Les premiers pèlerins, avant que n'existant le Camino Francés, n'étaient pas dans le même état d'esprit qu'aujourd'hui. Leur intrépide expédition éclaire une époque médiévale, à la fois cruelle et mystique, qui échappe à tous les critères de pensée moderne. En s'aventurant vers le Finistère de l'Océan atlantique, à la suite du monarque asturien ayant le premier ouvert la voie, ils n'avaient d'autre souci que d'arriver sains et saufs et d'autre succès à espérer que celui du salut de leur âme. Leur cœur brûlant et muet prêt à engloutir toutes les métaphysiques et tous les mystères des livres révélés, leur courage pouvait embrasser toutes les saisons.

Au loin, la tache blanche d'une ville; nous conjecturons, sans trop y croire, le but de notre étape: Melide! Il n'est jamais aisément de s'orienter en terrain inconnu; au cœur de la plaine dessinée par le río Furelos les distances y sont sournoisement faussées par les perspectives trompeuses. La route s'incurve répondant aux courbes molles du paysage prisonnier de la lumière spectrale de fin de matinée. Les cheminements sont ce que le relief les fait, celui-ci étant d'une ingéniosité capricieuse.

Quand on aborde les premiers faubourgs de Melide, la ville n'a encore rien dévoilé de ses charmes ni de ses dispositions. Quelques indices pourtant sont le signe d'un changement et d'une évidence: à voir le flot des marcheurs, venus

de tous horizons, affluer vers le centre historique, on se dit que le Camino ne meurt jamais!

Arrivé sur la Praza do Convento, on peut y voir la signature indélébile des époques qui n'ont rien aboli d'un passé où se lisent les traces du passage des pèlerins. Au milieu des frontons et des façades défilent, sous nos yeux, nombre de détails qui corroborent cette impression tenace de longévité tout en nommant l'usure du temps, notamment sur les armoiries seigneuriales de la Capilla San Antón et du séduisant palais attenant, devenu la Casa do Consello. A côté, l'église paroissiale, vestige de l'ancien couvent franciscain, recèle des sépultures du XV^e siècle reposant sous la nef gothique aux entrelacs de pierre qui servent de dais à une représentation de Santiago. Le plus émouvant témoignage jacquaire reste le musée Terra de Melide. Il occupe l'ancien hôpital de pèlerins Sancti Spiritus, construit en 1375, qui contenait vingt-quatre places mais pouvait accueillir le double de personnes, l'usage au Moyen Age voulant que l'on partageât les paillasses en fonction de l'affluence et des besoins. Coquille et blasons au-dessus de la porte d'entrée authentifient la destination première du bâtiment sauvé *in extremis* par les hommes des conséquences funestes de l'oubli et de la résignation.

Le magot architectural amassé comme un trésor de guerre, depuis des siècles, dans la plupart des villes et des bourgades traversées se concentre généralement dans le *casco histórico*, à quelques exceptions près dont Melide fait partie. Je n'aurais pas voulu quitter le centre géographique de la Galice sans m'être évadé de son périmètre médiéval blotti au pied du vieux château, pour aller rendre visite à Santa María. Hors les murs de la ville, dans une atmosphère picturale manifeste, le grain rugueux de la pierre habillant le sanctuaire rappelle le *Pointillisme* des peintres néo-impressionnistes. L'église du XII^e siècle a tourné le dos aux canons architecturaux de l'époque et, plus encore, à la symbolique lapidaire qui était communément répandue. Santa María est un ovni sur la planète de l'art roman! Sur la façade principale de l'édifice occupant l'ancien emplacement dédié à un culte celte, les bâtisseurs, compagnons du devoir et d'un savoir initiatique, ont traduit avec la minutie et le génie d'un savoir-faire hérité des anciens les quatre éléments fondamentaux: le feu, l'eau, la terre et l'air. Les figurations sur l'arche du portail divisé en vingt-quatre tableaux représentant un cadran solaire regorgent de détails allégoriques. Au-dessus, une fresque de billettes figure el Ajedrez de Jaca, un échiquier censé reproduire, dans l'imaginaire médiéval, le Camino de Santiago que l'on par-

courait comme un chemin de Vérité et de Vie. Six colonnes, aux chapiteaux endommagés, préfigurent le Temple de Salomon. Sur l'un d'eux, on décrypte notamment les oies du Temple et sur un autre, un bétier, animal biblique par excellence. A l'intérieur du monument érigé par l'ordre des Templiers, la beauté intacte des fresques du XIV^e siècle renchérit sur la surprise et complète la mémoire des lieux tout en sauvegardant leur âme. Dans l'ambiance sépulcrale de l'abside où filtre la lumière chiche des fins d'après-midi, les frises d'un damier en trompe-l'œil courant sur les murs reprennent l'image du Camino de Santiago qu'aurait emprunté saint Jacques pour se rendre de Jaca en Galice, en suivant la Voie lactée; une allusion à l'aspiration à capter l'infini par l'homme fini, comme pour rappeler que le sublime est en chaque chose de la Création... Dans l'antre dépouillé du vaisseau de pierre, on se laisse embarquer par la légende où le merveilleux des contes le dispute à l'histoire jacobite, comme si, puisant aux sources bibliques avec suffisamment de mystère et de véracité pour parfaire l'enchantelement, les visions, au plus haut degré du songe, avaient la faculté de s'accomplir. Le paradoxe de la beauté c'est qu'elle peut être utile. Remarquablement situés au-dessus des autres par la puissance de leur art, de tels endroits sacrés, loin du clinquant éblouissant de l'ornementation baroque, rassemblent, sous le sceau d'un œcuménisme ancien, rituels symboliques, croyances archaïques et superstitions, dont l'attrait pédagogique est incomparable. Pour autant, l'insolite musée religieux doit beaucoup à Jose Antonio, un hospitalier bénévole, intarissable sur le sujet pourvu qu'on sollicite ses connaissances. De sa modeste loge située pertinemment à l'entrée, ce cicéron généreux veille sur un joyau. Il vit dans cette situation particulière des gardiens de phares ou des éclusiers qui ont pour tout loisir la majeure partie de leur temps, mais dont le métier consiste à consacrer de brefs instants de leur journée à alerter pour faciliter le passage. En tant que telle, pareille retraite silencieuse semble égoïste: elle est en fait proportionnelle à la sollicitude que cet érudit manifeste envers les êtres et à l'intérêt qu'il porte aux choses, ses suggestions, au moment même qu'elles sourdent, étant entachées d'une grande imagination et d'une faconde remplie d'humanité.

En attendant le repas du soir, les yeux mi-clos, assis sur la terrasse je savoure, en silence, la caresse des derniers rayons, délicieuse à cette heure. En quittant ma douce France j'avais conçu, dès le départ, de m'arrêter à Melide si le sort bienveillant voulait m'accompagner. On fixe des buts à son voyage, des plus nobles aux plus triviaux. Lors d'une précédente marche vers Compostelle,

arrivé à Melide, j'étais resté sur ma faim, au propre comme au figuré. Ce jour-là, l'heure ne s'y prêtant guère, je n'avais pas eu l'occasion de déguster le fameux *pulpo a la galiega* dont la *pulperia* Ezequiel, grâce au bouche à bouche sans doute..., est devenue une enseigne et un rendez-vous incontournable des cheminants de tous bords. Ce soir, mon vœu est comblé: nous nous retrouvons sur les bancs usés de la taverne, à côté de nombreux compagnons de route croisés au fil des étapes, alignés en rangs serrés comme à l'école. L'entreprise familiale, dont les premières photos de l'ancien hangar aménagé en estaminet sont accrochées aux murs pour tenir lieu de certificat de bonne conduite, peaufine ce qui a fait son succès: un décor suranné où l'on vient grailler, autour de tables longues comme un jour sans pain, le plat typique de la maison accompagné d'une bouteille de *vino tinto*. Au cœur d'un métissage invraisemblable, reflet de la cacophonie des nations en marche vers Santiago, j'écoute avec une indulgence amusée frémir voluptueusement l'épicurien toujours blotti aux aguets en chacun de nous, comme dans la chair des plus austères ascètes eux-mêmes. Dans le tohu-bohu d'une ambiance chaleureuse et bon enfant on trinque aux horizons qui s'éloignent, aux soleils succédant aux aubes chimériques, aux crépuscules lie de vin, aux insomnies et aux rêves ludiques auxquels se superpose l'éphémère de tous ces jours laissés derrière soi, semblables à l'écume du temps.



Aux portes de Melide, la romanité épurée de Santa María défie l'œuvre du temps

Santiago, la fin du voyage

L'étape d'hier nous conduisant jusqu'à Arca ne m'a pas laissé un souvenir impérissable, mon esprit étant déjà ailleurs. Pourtant le patrimoine jacobite, disséminé le long d'un parcours en forme de labyrinthe reliant des hameaux lilliputiens, interpelle le pèlerin dès la sortie de Melide. Boente, Ribadiso, Brea... au milieu des forêts d'eucalyptus embaumant l'air de leurs fragrances font mémoire, de loin en loin, du pèlerinage ancestral.

L'ultime journée de marche, au demeurant assez courte, ne vaut que pour l'émotion grandissante à l'approche de Santiago, le but absolu du pèlerinage médiéval, et aujourd'hui encore. La tentation de s'arrêter à Lavacolla, afin d'accomplir le pèlerinage dans les règles et la tradition n'est plus à l'ordre du jour depuis longtemps. L'endroit était un arrêt obligé pour les pèlerins au Moyen Age; l'occasion de se laver: lava colla, est-il besoin de traduire? et de mettre ses affaires en ordre avant d'aller honorer *Monseigneur Saint Jacques*. D'ailleurs, lorsque surgiront les échangeurs des autoroutes griffant le paysage aux abords de l'aéroport qu'il faudra contourner, on comprendra très vite que le bourg médiéval appartient au passé face au modernisme envahissant. *Le bonheur*, disait le comte de Monte Cristo, *est comme ces palais des îles enchantées dont les dragons gardent les portes... Il faut combattre pour le conquérir!* Le passant de Compostelle ne fait pas que passer; aventurier au caractère bien trempé, sa carapace s'est fissurée au long des étapes et des péripéties. Sur le point d'atteindre les marches du palais il se contente d'avouer sa faiblesse tout en affichant son abnégation rarement prise en défaut. Il y a mille façons de vivre la même aventure, mais le talent du marcheur engagé sur le grand Chemin est de faire ressentir à chaque fois que c'est de cette manière là qu'il fallait la raconter.

Nous avons avancé à un train d'enfer. Quand le ciel se déchire avec la lenteur précieuse d'une aube virginal, on perçoit déjà dans le lointain la rumeur rauque de l'autoroute. Comme prévu, nous contournons dans les prémices du jour naissant l'aéroport illuminé à la manière d'un cratère béant au milieu d'un paysage qui tangue entre deux vallons.

7h30; Villamaior, à l'appellation usurpée. Le nom du hameau sert de faire-valoir à un décor d'opérette: trois ou quatre maisons, une bâtie en ruine, un *horreo*... Suivent quelques raidillons, puis, sur la colline, un de ces ciels drapés qui ont fourni leur palette de couleurs aux plus grands peintres. Vêtu de toutes

les fripes de l'arc-en-ciel, le jour qui s'installe est en soi un paysage. Nos pas se nouent encore à l'orchestre de la nature, mais pour peu de temps. On fait chorus avec celui-ci pour ne rien oublier de la magnificence qui nous entoure, le marcheur voyant plus haut que son horizon pour interpréter les signes d'une route fastidieuse et libératrice à la fois.

8h30. Monte del Gozo. Au Moyen Age, c'est ici que les pèlerins, apercevant pour la première et la dernière fois de leur vie, sans doute, les tours de la cathédrale, se signaient en s'agenouillant et en pleurant de joie. Pour eux, voir de loin où se cachaient les reliques de saint Jacques, c'était déjà accéder à la vérité et, partant, au salut de leur âme, oubliant dans leur transport d'allégresse que ce sont les petits péchés qui jettent les plus grandes ombres...

Franchir la Puerta del Camino, c'est comme traverser la poterne des songes: tout à coup, en pénétrant dans le cœur battant de la vieille ville fantasmée depuis l'aube du pèlerinage, on a le sentiment de vivre un rêve éveillé, même si ce n'est pas la première fois... Après avoir accompli une marche en avant qu'une histoire omniprésente n'a cessé d'épauler, la porte médiévale, tel un sphinx, interroge, mais surtout questionne un passé et un présent dont l'osmose harmonieuse et séduisante a réussi la gageure de ne pas séparer les deux mondes. Au fil des rues, des places, des venelles larges comme des corridors le bonheur d'être là se partage tout en ne cessant d'aller *crescendo*. Un porche, quelques marches à descendre, et l'on débouche sur la célèbre place de l'Obra doiro, face à l'impensable, il y a des semaines, des mois... La façade grandiloquente de la cathédrale baroque, à la manière des poupees russes, en cache une autre : celle de la basilique romane plus ancienne, la seule qui incarnait, et encore de nos jours, le défi héroïque et fou d'hommes devenus plus grands et plus humbles à la fois, après leur marche périlleuse. Seule la révolte d'âmes enflammées, d'êtres passionnés de sainteté sans défense pouvait détrôner Rome ou Jérusalem, au Moyen Age. Ce n'est pas avec les armes mais les psaumes de David que de tels pèlerins ont pu gagner leur lutte, jamais effarouchés par la brusquerie d'une errance rudimentaire et secrète où ils ne craignaient pas de se perdre, d'opportunes instructions faisant rayonner l'aura du Fils de Dieu au même titre que l'escorte des saints autour de la stature grandissante de saint Jacques, devenu une icône sur le champ de l'étoile.

L'emblématique façade matinée de rouille est en réfection pour ne pas ressembler à ces ouvrages qui ne valent pas mieux que des toiles d'araignées longtemps exposées aux saisons et aux intempéries. Malgré son handicap

esthétique, la cathédrale dédiée à Santiago, amplement masquée par les encombrants filets du chantier, attire toujours autant les foules. Succomber à la tentation d'approcher l'un des monuments phares de l'Occident chrétien qui exerce une étonnante fascination depuis plus de mille ans, est vécu comme émotion unique, au-delà d'une foi laissée à l'intime de chacun. Il faut dire que saint Jacques, le matamore, s'est mué, au cours des siècles, en apôtre de la paix, aimantant même les peuples venus de l'autre côté du monde.

Au Moyen Age, le jacquet, arrivé sain et sauf, n'avait qu'un but: réciter un rituel bien appris par des siècles de ferveur ayant affermi sa foi tout en exorcisant ses peurs ancestrales. Poser ses mains avec empressement et gratitude au bas du trumeau du Portique de la Gloire, œuvre de maître Mateo et chef d'œuvre de l'art roman, aujourd'hui inaccessible, devait être une expérience mystique hors du commun pour des gens humbles en quête d'une reconnaissance, une fois expiées leur fatigue et leurs fautes. Traverser la longue nef pour aller enfin se recueillir dans la crypte, le saint des saints abritant les reliques du disciple du Christ, l'apôtre pour lequel ils avaient engagé leur vie, devenait l'aboutissement inespéré de toute une existence. Rien n'égalant cependant, à l'occasion d'une *Année Sainte*, le franchissement de la porte du Pardon, geste suprême et symbolique qui conférait au repentant, avec l'onction de la bénédiction, une indulgence plénière de ses péchés, l'absolu de tout pèlerinage à Santiago! Aujourd'hui, qu'il soit chrétien, fervent ou simple randonneur, le pèlerin, ne faisant pas mystère d'un nouvel état d'esprit forgé à l'aune du Camino, est plus enclin à une approche existentielle du pèlerinage qu'aux rites séculaires tombés en désuétude. Il est pourtant une tradition qu'aucun fidèle, assistant à la *messe des pèlerins*, ne voudrait manquer sous aucun prétexte: l'embrasement du *botafumeiro*. Littéralement: *expulse fumée* en galicien. Une poignée d'hommes triés sur le volet en habit de pèlerin, tire respectueusement sur les cordes, faisant balancer le grand encensoir d'un côté à l'autre du transept, du sol à la voûte, déposant dans son sillage un lourd nuage de fumée odorante. Le regarder monter et osciller d'avant en arrière et de bas en haut, pendant de longues minutes, est un spectacle captivant. L'image spirituelle de l'encensoir géant représenterait l'ascension au paradis, puis la descente sur terre pour nous emporter et nous éléver vers le haut...

Assurément, le roi Chaste qui fit bâtir le premier sanctuaire pour recueillir la sépulture du Fils du Tonnerre, saint Jacques le Majeur en personne, ne reconnaîtrait rien des lieux qu'il était venu, suprême volition, sanctuariser devant

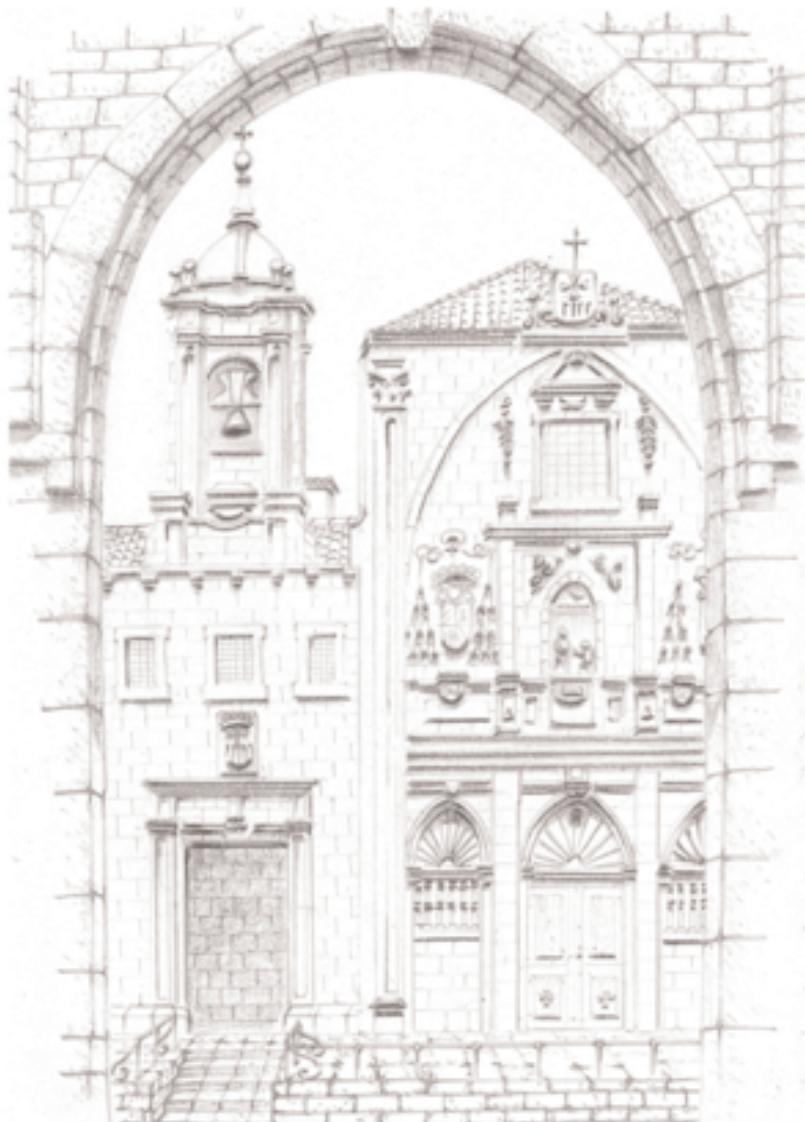
la menace de l'*infidèle*. D'ailleurs le temple érigé par son successeur en 899, fut détruit par Al Manzor, un siècle plus tard! Ce n'est qu'en 1075 que fut édifiée l'actuelle basilique romane. Au fil du temps, la chrysalide de pierre s'est métamorphosée par suite d'embellissements successifs jusqu'à sa conclusion: une façade baroque dont l'élan magistral parachève l'œuvre grandiose des hommes dans le dessein de plaire à Dieu et, de façon inavouée, rivaliser avec la notoriété apostolique de Rome.

Visiter la ville, se fait le nez en l'air; il n'y a pas d'autre moyen. La cathédrale, elle-même, ce livre de pierre virtuose, après le premier rendez-vous émotionnel de l'arrivée est à compulser dans toute sa hauteur. Des enluminures lapidaires magistralement exécutées jusqu'aux envolées des flèches arachnéennes, à la fois dissemblables et réunies dans une même béatitude esthétique, pinacles, statues, coquilles, bas-reliefs, sculptures, voussures dessinant des soleils ouvragés au-dessus des portails... tous les styles s'y côtoient dans l'excès nécessaire à l'expression d'un talent architectural au service exclusif d'un dogme. L'art ne serait rien sans l'esprit qui l'anime: roman, gothique, baroque, la subversion artistique de Saint-Jacques a donné une succession de chefs-d'œuvre où foisonnent les détails affleurant de toute part dans la pierre mésissée par les siècles. Praza do Obradoiro, dont l'écrivain García Márquez affirma qu'elle était la plus belle place du monde, on se laisse surprendre par un face à face inattendu: d'un côté, la romanité somptueuse du portail de San Jerónimo, de l'autre, l'art plateresque de l'Hostal de los Reyes Católicos, transformé en parador national. La puissante cohérence culturelle esquissant la trame d'une civilisation occidentale, se poursuit au cœur d'un centre historique d'une densité saisissante. Dresser un inventaire exhaustif des trésors dont la cité sainte abonde serait peine perdue. Par définition il y a toujours plus nouveau que les dernières nouvelles! Il en va de même avec les curiosités monumentales, on n'a jamais fini de les découvrir, chaque visite amenant son lot de surprises et d'extase! Alors il faut se contenter d'un aveu: quelques jours n'y suffiraient pas, et d'une confidence: rien n'est plus grisant que de déambuler dans la vieille ville pour s'imprégnier de son atmosphère ensorcelante. Partout le granit prête son concours fétichiste à l'ornementation des grands monuments comme des simples demeures, des places, des fontaines et des statues conférant une élégance singulière à la cité galicienne. Le pèlerin, ce double imaginaire de l'homme en quête d'un ailleurs, on le croise à tous les coins de rue, dans une configuration moderne aux anciens jacquets quand les pèlerinages renvoient

les riches les mains vides et élevaient les petites gens venues chercher une consolation.

A présent, dépourvu de l'angoisse du retour, c'est ici que tout commence, quand on n'est plus en mouvement. C'est désormais le temps d'après et celui-ci n'attend pas, il est de l'ordre de l'éternité. Chacun vient et repart avec son histoire, sa sagesse et sa fidélité à ce qui le ramène à son présent: aujourd'hui c'est dans le lâcher-prise, le renoncement aux préjugés et aux clichés raisonnables que nous avons fait les plus grandes avancées, les plus belles rencontres et que nous nous sommes transformés en apprenant la vraie mesure de nos jours. N'aie pas peur d'être fou, tout est possible! Une telle parole mémorable relevée en chemin, exprime de façon opportune un rendez-vous inattendu avec celui qui fut, il y a plus d'un millénaire, une légende vivante avant de devenir un mythe pour avoir fait de sa témérité une devise. Praza de Mazarelos, la statue d'Alfonso II el Casto trône sous un manteau de pierre grise. Le mythe absolu a besoin d'un drame pour être parachevé. Le monarque asturien, ayant troqué sa couronne royale pour une armure de guerrier avec un naturel dans l'ostentation et un certain appareil sans l'exigence des artifices, fait mémoire du temps où, mettant flambeau au vent, il allait courir sus au Maure et amorçait la longue tragédie de la *Reconquista*. La silhouette immobile du roi, telle une vigie postée noblement près d'une porte médiévale gardant l'entrée de la cité, corrobore l'idée qu'il n'y a pas de petit ou de grand patrimoine jacquaire et inaugure la force d'une légende, quoique d'une réalité romanesque moins fondée, qui interpelle ce que l'histoire n'a pu retenir de son vivant. Il ne s'est pas contenté de comprendre son époque, il est acteur de sa mutation. Le moment où il accède au pouvoir, après un siècle d'occupation musulmane au cours duquel l'islam s'installe comme le vis-à-vis de la chrétienté, est celui d'un grand bouleversement. On passe de l'idée de conquête d'un royaume à celle de reconquête d'un pays, ce qui changeait radicalement le regard porté par l'Occident et son assemblée hétéroclite de potentats et de hauts dignitaires sur le danger venu de l'Orient. Le mausolée des mots érigé par la renommée qui entoure sa vie ne l'enferme pas dans le carcan d'une mémoire posthume mais le livre à la postérité, pour attester que le présent sans le passé n'aurait pas d'avenir... selon la formule consacrée. Mon Chemin s'achève en somme là où il a commencé: dans le souvenir personnifié d'un roi que la chronique à sa mort, en 842, après qu'il eut porté à bout de bras, pendant cinquante deux ans, le gouvernement du royaume, loua en insistant sur sa manière chaste et pieuse

alors même qu'il incarna fondamentalement, tout au long de son règne, un combattant valeureux.



Porte médiévale dans la Vieille ville de Santiago ouvrant
sur un passé monumental omniprésent



Bajada al embalse de Salime. Harley Anderegg. 2015.

EL CAMINO PRIMITIVO

EL OTRO CAMINO DE COMPOSTELA

Diario de un peregrino del siglo XXI
de Oviedo a Santiago

Tened grandes sueños para no perderlos de vista al perseguirlos.

William Faulkner

En el inicio del Camino Primitivo

Oviedo. 18 de mayo. San Sebastián, Bilbao, Santander... El camino de la costa, que traza su ruta hacia al oeste, se ha alejado definitivamente cuando entro en la capital de Asturias. Dejo tras de mí excepcionales paisajes, ciudades de arte cargadas de historia que se suceden a lo largo de las etapas entre la tierra, el mar y el cielo, con decorados suntuosos y salvajes. Un itinerario que bordea la costa del País Vasco y Cantabria, antes de curvarse de forma definitiva hacia el interior, que los peregrinos han hollado antes que yo, a veces poniendo en peligro su vida, movidos por una fe sin límites, con un único horizonte: Santiago de Compostela. André, fiel compañero desde el principio, continúa la aventura conmigo. Pedro, con el que hemos compartido una buena parte del recorrido costero, decidió continuar su viaje hacia Compostela vía Gijón, con la esperanza de vernos a la llegada...

Uno no va por un camino tan inmemorial por accidente. Entre el infinito de la búsqueda y el aquí y ahora de la aventura, se necesita un objetivo íntimo, si no último para este viaje; un deseo secreto. No sólo poner los pies sobre los pasos de los que nos precedieron, sino seguir las huellas del rey Alfonso II, que partió de Oviedo, ciudad en la que había instalado su corte; y andar sobre las pisadas de un soberano convertido en *casto* para la posteridad, mientras que nunca dejó de mostrar sus ambiciones. A principios del siglo IX emprendió su audaz viaje a un lugar denominado *Iria Flavia* (hoy Padrón), para ver la tumba recientemente descubierta del apóstol Santiago. El descubrimiento del cuerpo del santo que había formado parte del círculo cerrado de los primeros que fueron llamados por el hombre que se convertiría en el Cristo de la historia, sonó como un trueno en el cielo hispano. Cuando el piadoso soberano decidió construir un santuario digno de albergar las reliquias de Santiago y sus dos discípulos, no cabía duda de que

acababa de iniciar uno de los acontecimientos culturales y religiosos más importantes de la humanidad... Una corriente que, a lo largo de los siglos, crecería e irrigaría con un caudal denso e ininterrumpido las rutas del continente europeo hacia la ciudad santa de Compostela, faro de la cristiandad ubicado en el corazón de la tierra más antigua de la Península Ibérica.

La ruta tomada por este príncipe cristiano visionario a partir de otros caminos más antiguos que conducen al *Finis Terrae* gallego, había sido trazada mucho antes de él. Ese fin del mundo en el que la práctica de ritos ancestrales atrajera a civilizaciones anteriores, era un lugar propiciatorio, si no mágico. Los celtas y después los romanos, hicieron del lugar en el que se podía ver el Sol muriendo en el océano una salida y una tierra de fantasía: la muerte, como todo final, siendo en ella un signo de renacimiento al que incluso las antiguas tradiciones se han referido para celebrar sus creencias, a través de símbolos fuertes y de rituales, a menudo en sitios excepcionales.

Ciertamente, el Camino Primitivo, ese camino por excelencia si uno se refiere a su supremacía secular sobre los otros, oficialmente comienza en la plaza de la catedral de San Salvador, en Oviedo. Un lugar altamente simbólico con respecto a la historia local: es el punto de partida de la marcha triunfal del rey Alfonso II con destino a Galicia. En realidad, la idea de Oviedo, donde descansa el Santo Sudario, nace un poco antes; tan pronto como se entra en el territorio de Asturias. A llegar a Valdediós, la evidencia del Camino Primitivo se me impuso definitivamente. La presencia de la iglesia prerrománica dedicada a San Salvador en mitad de la soledad del lugar, es más que una señal de advertencia: una evocación y una alusión persuasiva. Una vez dentro, recluido en la oscuridad del antiguo monasterio donde éramos cinco caminantes los que habíamos hecho allí una parada, hubo un recordatorio perentorio: «*Quien va a Santiago y no va al Salvador, visita al criado y deja al Señor*».

Si Compostela sigue siendo el objetivo final del viaje realizado por el Camino del Norte, Oviedo es el fundamento. Como si el codiciado título de Principado otorgado a la provincia de Asturias confiriera, de facto, a su capital, una preponderancia, sino una supremacía sobre las demás vías jacobeadas que aparecieron más tarde. Oviedo, a caballo entre el Camino de la Costa y el Camino Primitivo, hace de estos dos ejes yuxtapuestos un abono cultural, tan inestimable como compartido, y un punto de anclaje para el culto, necesario al mismo tiempo al patrimonio espiritual e intelectual en su expresión artística y arquitectónica más ecléctica.

En realidad, el trazado del Camino Primitivo comienza antes de llegar al pie de la catedral. Desde la entrada a la ciudad, las conchas de bronce incrustadas en el suelo como una alegoría urbana de señalización jacobea acompañan al caminante hasta el santuario de San Salvador; guiados por una mano invisible entramos en el casco antiguo. Desde entonces, el recorrido por la ciudad gana en intensidad lo que pierde en soledad. La historia de la ciudad, fundada en el siglo VIII por el rey Fruela, devastada por los árabes y reconstruida por su sucesor Alfonso II, protegida por gruesos muros, se vuelve más densa. Flota en el aire algo intemporal mientras nos enfrentamos a una presencia inquietante. Desde el principio, apostamos por la aventura; llegados a este epicentro del viaje en el que sopla el viento de la historia mezclando Reconquista y religiosidad, nos vemos atrapados por el torbellino de los siglos. Frente a la Catedral, quedamos subyugados por la elegancia del estilo heterogéneo tomado de diferentes épocas y la audacia de la única torre gótica, cuando la piedra amarilla del edificio se destaca, como recortada con un escarpel sobre el cielo azul de una tarde en calma.

A la espera de la apertura de las puertas, André y yo vamos en busca del albergue La Peregrina, en pleno centro de la ciudad. Una dirección fácil de recordar: Calle Covadonga. Más que una evocación, un glorioso recuerdo en memoria de la famosa batalla ganada contra los musulmanes en el 722 por Pelayo el Conquistador, el bien llamado, que había convocado a todos sus vasallos para asegurarse la victoria. Ésta sería considerada como el punto de partida de la reconquista de los reinos cristianos ¡que iba a durar no menos de siete siglos! Este importante hito de la historia española, muy presente en las crónicas de la Reconquista, ilumina junto con otros una saga de varios siglos en la que se enfrentaron los campos enemigos, entre escaramuzas y batallas, entre connivencia con el infiel y acusaciones, entre lealtad y traiciones.

El portal central de acceso a la Santa Iglesia Catedral de San Salvador establece el tono de la visita. Bajo los arcos góticos, una puerta de madera de nogal con decoraciones y motivos arabescos. En el interior, a partir de una temática que podría ser estereotipada, el descubrimiento del conjunto monumental nos ofrece un propósito complejo, sorprendentemente variado, que ilustra el sincretismo arquitectónico del santuario, resultado tanto del inconsciente colectivo de todas las épocas como de la voluntad de los que lo iniciaron.

El punto culminante de la visita, por así decirlo, es obviamente el Santo Sudario del Cristo que vivió la Pasión y fue crucificado. ¡Qué camino tan alu-

sivo! Para llegar hasta la Cámara Santa hay que subir un tramo de escaleras. Este ascenso, para acercarse lo máximo posible a una reliquia que perteneció al Hijo de Dios, debía de ser en la Edad Media el culmen, si no de la peregrinación, al menos un viaje interior, antes del éxtasis de una visión única, en una época en la que su autenticidad no había sido aún objeto de debate y en la creencia apoyada por el fervor popular no cabía ninguna duda. Entrar en esta antigua capilla del palacio de Alfonso el Casto es como entreabrir el velo de un misterio que se prolonga desde hace dos mil años. Al avanzar bajo la pequeña nave del santuario, decorada con estatuas-columnas del siglo XII, nos atrae un arte innovador en su época: los doce apóstoles de pie, incluyendo a Santiago con los atributos de peregrino. Una cabeza de Cristo, que recuerda la del Pórtico de la Gloria de la catedral de Compostela, acompaña al visitante hacia una revelación: el arca de plata y por encima, flotando entre dos paredes de vidrio como si fuera un milagro, ¡el Sudario raído y manchado por el paso del tiempo! Es la clave de una fe en Dios hecho hombre, que revela al caminante y al peregrino su parte de humanidad, y al humilde penitente, meditando ante el misterio de la resurrección, su parte de veracidad, si no de certeza. Los ateos nunca se apresuran a confesar su ignorancia de los misterios de Dios, no más que los creyentes su incapacidad de mostrar evidencias tangibles de su existencia. Solo la fe les separa. Hay que dejar que la llama vacilante ilumine a través del espesor del tiempo; en alguna medida, las paradojas son la mejor manera de acercarse a una verdad. El Arca Santa y las reliquias traídas de Jerusalén durante el reinado de Alfonso II duermen detrás de una pesada reja, prisioneras de su incomparable notoriedad. Su aura parece poner nimbo a la fabulosa colección de cruces ofrecida por las sucesivas monarquías que rigieron los destinos de Asturias: La Cruz de los Ángeles, símbolo de Oviedo; la Cruz de la Victoria, emblema de Asturias. Al lado, la caja llamada de las Ágatas, con incrustaciones de ochenta y dos piedras preciosas que despiden destellos de carbonilla, aumenta aún más el valor de ese tesoro. Cuando volvemos a poner los pies en la tierra, es para levantar los ojos hacia el rostro misericordioso de un Cristo salvador. Desde el siglo XI, miles de peregrinos han venido a rezar y confesarse, antes de emprender o retomar el camino. Con pasos errantes que cuestionaban la expresión fervorosa de su fe y una búsqueda de redención que desarrollaba su mirada interior, la radiante piedad de los peregrinos, compartida con otros a modo de caridad cristiana, hacia el resto; como si sus heridas hubieran existido antes que ellos, parecía que se habían puesto en marcha para encarnarlas.

El camino, aunque arduo, predisponía a los que venían de lejos a creer y, habiendo visto a Dios obrando en todas partes, les llamaba a una aventura espiritual. ¿Quizás caminaban para enmendar lo que pudiera ser enmendado e intentar probarse a sí mismos que las vidas cortas pueden ser plenas cuando se encuentran razones para esperar?

Capilla del Rey Casto. Aquí se reaviva la historia de este rey piadoso, apasionado de las reliquias, que marcó definitivamente la de su época. Dentro, el panteón de la dinastía asturiana en el que reposan los monarcas, encierra secretos de familia guardados a buen recaudo, y mezcla las vicisitudes de unas vidas reales compartidas entre el poder temporal y el poder espiritual con la gracia de una tentación estética despertada por la proximidad de los arcos góticos del claustro.

En el exterior, la realidad es bien diferente y se impone de forma abrupta. En la plaza de la catedral comienza el Camino Primitivo. Una sencilla placa de bronce recuerda sus orígenes: «*En los comienzos del siglo IX, desde esta basílica del Salvador, inició el monarca Alfonso II el Casto la primera de las peregrinaciones a Compostela para venerar la tumba de Santiago el mayor y fundar allí, en su honor, la primera basílica*». Ese primer camino de Compostela iba a originar un vigoroso movimiento cultural y espiritual a lo largo de la Edad Media, que generaría intercambios fructíferos de conocimientos y experiencia entre los pueblos de Europa. En la fábrica de la historia, los caminos del conocimiento eran transitados por los constructores de catedrales, esos compañeros del deber que transponían a su obra valores comunes y civilizadores, arraigados en el mantillo religioso de las peregrinaciones cristianas que fueron Jerusalén, Roma y Compostela. Cuando llegaban agotados al pie de la Basílica cuyas piedras reflejan, como una metáfora, tanto el desgaste del tiempo como el camino recorrido, los caminantes de Dios en busca de una prueba tangible de su fe, eran presa de su propio asombro. Se daban cuenta, de golpe, de que abriéndose a las posibilidades, el milagro de la vida podía ocurrir.

Salas, entre naturaleza y descubrimientos

Salida poco después de las 6:00. Un desayuno rápido, croissant y chocolate caliente, tomado sobre el rellano que hace de rincón-cocina, nos pone en marcha esta mañana. Cuando cerramos la puerta del albergue, situado en el primer piso del inmueble, dejamos una casa vacía: André y yo éramos los dos únicos

peregrinos a estrenar una nueva dirección situada de manera ideal en el centro de la ciudad, cerca de un patrimonio tan denso como erudito. No dejamos atrás la ciudad de Alfonso II sin quedar marcados a fuego por la fascinación. La huella que deja un pasado deslumbrante, con la Cámara Santa declarada Patrimonio de la Humanidad, nos ha espoleado suficientemente el ánimo para que, en adelante, nuestra marcha hacia Santiago se inscriba en un viaje fantástico, iniciado por el rey Casto hace más de doce siglos... Es una aproximación de peregrino al tiempo tan poco convencional como seductora, y que me hace regresar a algunos años atrás, cuando experimenté la misma sensación en la Vía de la Plata ¡desafiando dos mil años de historia que desfilaban bajo mis pasos!

La fascinación ayuda a soportar el peso excesivo de una experiencia tan poco común, incluso si nos entregamos a ella con deleite. «*La única manera de librarse de una tentación, es caer en ella*», recomendaba Oscar Wilde. Desde entonces, es como si las páginas de una novela se abrieran delante de mí, proponiéndole a mi sagacidad y a mi curiosidad ese sentimiento de aventura que nace cada vez que hacemos el esfuerzo de salir a explorar senderos que llevan a lo desconocido.

Llovió durante la noche. Las aceras de la ciudad, bajo el pálido resplandor de las farolas, son el reflejo sombrío del día que tarda en levantarse. En el cartel luminoso de una tienda se muestran generosamente: 8º C. Sin embargo, en el aire cargado de humedad flota algo ligero con acentos encantadores.

La etapa del día se anuncia idéntica a la de ayer. Para eludir las vueltas de la carretera, concesión necesaria al modernismo industrial, nos esforzamos por evitar las trampas de alquitrán para dar con el camino que serpentea y retoma sus derechos. Una buena hora de marcha y Llampaxuga, de nombre impronunciable, nos da alas con la perspectiva de un trazado bucólico reencontrado. Pequeños pueblos, aldeas como nos gustan, conservadas en una realidad olorosa y enternecedora en su sencillez, con su retahíla de ermitas y de hórreos.

La mañana fría, el tiempo deprimente... No tuve ánimo para tomar notas desde que salimos. Me pareció que la frialdad de la escritura dañaría la eclosión de una emoción latente.

Ayer teníamos planeado parar en Grado; pero hoy, cuando empezó a clarear el día, la felicidad de encontrarnos en plena naturaleza, la facilidad con la que tragábamos los kilómetros, la belleza reiterada de los paisajes que ayudaban a caminar entre el tobogán de las colinas y el valle alargado del río Nalón, todo

nos incitó a seguir más allá ese pueblo que alcanzamos rápidamente. Dejamos que el pasado indiano de los palacios urbanos que flanquean la calle principal de Grado reflexione sobre la época bendita en la que los exiliados de esta tierra partían hacia las Américas para hacer fortuna.

Cruz del Camino Primitivo de Santiago. A la salida de la villa, la vieja cruz de piedra nos devuelve al camino ancestral, y a la historia del peregrinaje asturiano y del primero en encarnarlo, el rey Alfonso II, todavía más presente en la memoria de los lugares. Desde entonces, los trazados jacobeos antiguo y moderno se funden en uno solo, en el que la aventura contemporánea hacia Galicia se superpone de manera ideal al pasado.

El sol intentó enseñar la cara a lo largo de la mañana, pero después se volvió a esconder; tras haber sufrido el calor durante la travesía del País Vasco, desde hace más de una semana la primavera muestra una cara gris a las puertas del verano ¡con temperaturas a veces casi invernales!

El Fresno, San Marcelo, como Premoño o Puerma al principio del recorrido, nos inician en los encantos del campo profundo. El corazón de Asturias se desnuda para el que sabe ver, en el paso de los días, la metamorfosis de las cosas: los que hablan sueñan con sensaciones, los que se van, ya las conocen.

Tenemos que decidirnos a continuar, el frío nos recuerda rápidamente nuestra condición de vagabundos. Un olor a tierra mojada agitado por el viento se mezcla con el ruido de las orillas del río Narcea a la altura de Santa Eulalia de Dóriga. Los kilómetros se suceden a buen ritmo, desvelando sobre el Camino Real de la Mesa un panorama montañoso que se extiende hacia el infinito, como esculpido por un hábil carpintero. Después de varias semanas sufriendo en las montañas rusas de la franja costera, la distancia ya no cuenta. Atravesamos el paisaje, como una niebla espesa, sin sombra de duda. Nos acostumbramos al silencio de los grandes espacios y somos normalmente reacios a romperlo, prefiriendo estructurarla amueblándolo con su presencia; la inocente idea de una especie de renacer perpetuo que responde a la necesidad compulsiva que experimentan los amantes del senderismo frente a la inmensidad y el miedo al vacío.

Cruzando el puente tendido como un arpa sobre las tranquilas aguas del río Narcea, una mano mozartiana aligera el peso de nuestros pasos con una nota acuática. De un solo golpe, la etapa sobrecargada por la distancia se atenúa. Nos habíamos vestido de galeotes, presumiendo de nuestras fuerzas; del otro lado del río que acarrea flujos y refluxos de memoria, San Salvador de Corne-

llana reaviva nuestra llama e ilumina la historia de los lugares. El monasterio del siglo XI se mantiene todavía en pie y hace perdurar su apego a la peregrinación jacobea, conservando en la iglesia su ábside y su claustro románicos. Con la fuerza persuasiva de un espejismo, Salas, a algo menos de dos horas de camino, germina en el horizonte de nuestros pensamientos. Desde la salida de Oviedo, hemos caminado por montes y por valles, una fórmula necesaria para adaptarse a los caprichos del terreno en un decorado de colinas, rodeados de bosques de robles y castaños, encerrados en un mismo registro de verdes y de pura naturaleza.

La belleza repetitiva de las pistas forestales, solamente interrumpida por la aparición de aldeas aisladas, prolonga con sorprendente monotonía la de un decorado magistralmente interpretado. Llamas, después Quintana... El final de la etapa se hace a marchas forzadas para no abdicar en nuestro papel de aventureros del peregrinaje de antaño.

A la llegada a Salas, nuestra tenacidad se ve recompensada. Lo primero, limitarse a las prioridades: procurarse la llave en el bar de la esquina, como en un buen número de pueblos españoles donde la población participa de una hospitalidad que hace gala de su reputación, instalarse en los dormitorios, consagrarse a las tareas domésticas de todo caminante que se precie... Después, sin tomar aliento, antes de que la luz artística del final de la tarde se apague, me dirijo hacia el centro histórico, pequeño de tamaño, pero grande por su talento arquitectónico. Alrededor de la plaza, en lo alto de la calle principal flanqueada por el río como los muros de un canal de molino, se concentra el conjunto medieval al que dan vida las viejas piedras. La iglesia de San Martín, de estilo gótico, con aspecto defensivo; las antiguas murallas que prolongan la torre cuadrada que se eleva como un vigía por encima de los tejados de tejas rojas; el palacio de Valdés-Salas, ejemplo de arquitectura civil del siglo XVI, cuya capilla ha sido reconvertida en sala de exposiciones, y los edificios sirven a la vez de hotel y de Casa de Cultura. Hace falta subir hasta el primer piso de la oficina de turismo para remontarse en el tiempo. Los peregrinos jacobeos de la Edad Media, en ruta hacia Compostela, se habrían quedado con los ojos abiertos ante estas guías cartográficas del mundo. Desde los primeros esbozos, en el siglo VI, de una Tierra recién salida de los límbos de Tetis, hasta los mapamundis sobrecargados de detalles en los que figuran las últimas *terrae incognitae* del siglo XVI... En ellos podemos realizar, de una sola ojeada, el más maravilloso y, sin duda, el más peligroso de los viajes que harían palidecer de

envidia a los capitanes más aguerridos de la conquista de los océanos. Los curiosos facsímiles, con el valor de objetos preciosos para un bibliófilo, parecen, bajo el polvo de siglos, vestigios arqueológicos a los que se les puede solicitar el testimonio de la historia. Incluso si el simbolismo y la aproximación de los portulanos, engalanados con los escudos de armas de *los grandes y curiosos* promotores, hacen nacer alguna perplejidad, la emoción propia del manuscrito, pieza única por definición, participa de estos primeros descubrimientos. De un interés híbrido, los inestimables documentos dan fe, con ayuda de trazados geográficos y de apretadas listas de topónimos, de largos viajes emprendidos a menudo sin esperanza de retorno por aventureros, al igual que, en época semejante, los intrépidos peregrinos realizaban a pie su lejano peregrinaje, arriesgando su vida. En el último piso hay libros antiguos, la mayoría originales, dormidos en las vitrinas bajo su techo de vidrio, que componen una colección no menos original, representativa de la literatura y de la civilización españolas; un guiño manifiesto a la universidad de Oviedo, que ha mantenido vínculos con la ilustre vivienda.

En Ruta hacia Berducedo, en el corazón de Asturias

Hoy, la etapa se anuncia corta pero difícil. Con el puerto del Palo, que hace cumbre a cerca de mil doscientos metros de altitud, franquearemos el punto más elevado del Camino Primitivo. Nada insalvable, sobre todo cuando no es nuestro primer camino... No obstante, el Camino confiere al que lo afronta un cierto prestigio, a causa de la radical experiencia física que supone y la exposición al cielo y a las inclemencias del tiempo, lejos de los palacios humanos. Y más aún, porque, cada día, el coraje y las ganas van ganando terreno, la apertura al campo y a nuevos horizontes abre también el espacio de lo plausible al caminante sediento de sentido, frente a la vanidad árida del consumismo.

Al salir de Pola de Allande, guardo el recuerdo de las últimas jornadas de marcha a través de una montaña asturiana auténtica y emocionante donde las haya. Primero, los campos rodeados de muros bajos, los caminos vacíos que se confunden con la calzada ancestral, las capillas y las iglesias que nos acompañan hasta Tineo, donde la Plaza del Hospital de los Peregrinos aporta la prueba de que muchos otros antes que nosotros fueron acogidos en esta villa escalonada sobre la falda de la montaña. Después, la larga caminata de ayer, soberbia a través de bosques, con el monasterio de Santa María la Real de

Obona como punto álgido: una antigua parada de peregrinos antes de la llegada a Pola bajo la mirada inquisidora de la majestuosa fortaleza de Cienfuegos.

Fuera, el día no se ha levantado todavía, aunque el cielo bien despejado es una promesa de buen tiempo, incluso si un frío nocturno acompaña nuestros primeros pasos por la villa dormida.

El camino sigue la carretera bastante tiempo, con el ruido sordo del torrente como música de fondo. El valle está en sombra; los primeros rayos sobre los picos parecen prender fuego ante nosotros a las pendientes tapizadas de hierbas quemadas. Una visión de tierra quemada ordenada por la asamblea de los dioses, en la que los hombres contemplan el espectáculo apocalíptico dejado por el paso de los elementos. Sin embargo, revolotean reminiscencias pastorales en el aire vibrante de la mañana, en el que las campanillas tintineantes de los rebaños se hacen eco de antiguas leyendas. No hay nada más apasionante que este marco de memoria popular que frecuenta las montañas y sus aldeas perdidas. En ausencia de una relación histórica, se nos ofrecen algunos cuentos fantásticos brillantemente narrados. La marcha se convierte en una fábula poética que se impone con una elocuencia convincente propia de la mitología asturiana; la leyenda del *Cuélebre*, una serpiente dragón de los entornos montañosos, parece haberse extraído del tesoro religioso de una hagiografía de los santos y los ángeles. Concretamente, la del arcángel de la Biblia, famoso en el ejército celestial por haber derrotado al dragón...

El sendero, sin duda por mimetismo, serpentea de una orilla a otra del río Nisón y le confiere al terreno prosaico una impresión de inquietud solapada venida de tiempos antiguos. Bajo el bosque de hayas centenarias, el llamativo pintoresco del sotobosque prolonga la atmósfera de una penitencia heroica de antaño. Estando a merced del peligro, no era buena idea detenerse en una pista de pesadilla, en el fondo del valle. Los galeotes del camino de Compostela elegían en su lugar las alturas despejadas, incluso a costa de un esfuerzo extra. Por otro lado, antes de la fundación de Pola de Allande en el siglo XIII, los peregrinos, para evitar la travesía del peligroso río, se desviaban hacia el oeste, a partir de La Mortera, por el camino de los picos; franqueaban la sierra y sus puertos en dirección a Montefurado, que deberíamos de alcanzar a lo largo de la mañana. Dejamos la aldea de La Reigada y sus dos o tres granjas aisladas para iniciar la ascensión al puerto del Palo, el Olimpo, de alguna manera, del Camino Primitivo, aunque desde lo alto de sus 1146 metros de altitud, no pueda rivalizar con las cumbres que hay que franquear en el Camino Francés.

André, lejos ya por delante, da rienda suelta a sus dotes de montañero aguerrido. Yo avanzo lentamente por un paisaje cada vez más desolado, en el que la presencia de una intensa soledad me ofrece la posibilidad de evadirme, sin límites y sin trabas, teniendo la impresión de una inalterable libertad. La sensación de dar un salto atrás en el tiempo y de perder las referencias es aquí más fuerte que en otros lados; cuando la nieve y la niebla ocultan el trazado tortuoso, no debe de ser buena idea demorarse en estos parajes... Durante la ascensión, nos concentraremos en lo esencial: poner un pie delante del otro intentando olvidar las correas de la mochila que nos tiran dolorosamente de la espalda. Solo la respiración entrecortada marca el ritmo de nuestros pasos; después, buscamos un momento de relajación en la salvación de una corta pausa. Momento de gran silencio interior en perfecta concordancia con la belleza muda de las pendientes que parten al asalto del cielo. Para volver a arrancar, nos inventamos una promesa, aunque nos detengamos en consideraciones físicas: avanzar un paso más zigzagueando sobre la pendiente a través de los peregrales, buscando una senda trazada por los rebaños durante el verano. Se hace el vacío tanto en el interior como en el exterior de uno mismo; una armonía reveladora de la pobreza del entorno. El trazado ancestral no constaba de ninguna marca jacobea que permitiera orientarse en este decorado salvaje. Hoy, por suerte, las pistas enigmáticas que siguen la ladera de la sierra cruzan, de tarde en tarde, por lugares con mojones que señalan el camino. Para seguir los senderos castigados por los vientos que despellejan el suelo recubierto de hierba rasa, nos elevamos también con el pensamiento: se trata de tomar distancia de las contingencias momentáneas de la marcha y, por así decirlo, en un recorrido como este, tomar altura...

Cuando está hecho lo más duro, alcanzado el puerto del Palo, el paisaje desolado se convierte en un sueño de conquista inútil; queda la legítima fatiga en el momento de franquear la cumbre para comprender el sentimiento de plenitud dura que te invade al contacto con la realidad. A pleno sol, después de dos horas de una subida agotadora, un viento de locura recibe a los conquistadores de las cimas que atraviesan desde hace siglos ese puerto. Sacudidos en nuestro aturdimiento, zarandeados en nuestras certitudes, bajo el cielo azul, en medio del caos de piedras blancas, echamos el último vistazo alrededor para comparar el peso del esfuerzo con la majestuosidad del panorama. La belleza pura de las vistas habla por sí sola y nos golpea con su verdad: ¡ninguna presencia humana a la redonda! Una carencia diseñada para acercarse a una de-

solación en la que la estética de la privación se hace eco de un cierto ascetismo del peregrino.

A partir de ahí, iniciamos el descenso a buen paso, en dirección a Montefurado; bordeando el macizo recubierto de tojos y brezos en flor, al abrigo de la borrasca, el recorrido toma la forma de un agradable paseo en el corazón de una naturaleza emancipada, aunque algunos instantes antes recibiéramos sus envites. La aldea aparece al final de una larga hilera de piedras secas colocadas de lado. Una ermita dedicada a Santiago, un puñado de casas y granjas en medio de la gran soledad... Es todo lo que queda de las últimas viviendas del interior, donde las viejas piedras aún resisten. Es difícil imaginarse que el antiguo hospital de peregrinos y sus dependencias se encuentran en medio de las ruinas dispersas de lo que fue, durante siglos, una etapa importante en el itinerario del norte español.

Nos juntamos, y después de un alto para hidratarnos abundantemente y recuperar el aliento, André y yo volvemos a andar juntos, llevados por la conversación y nuestras consideraciones materiales sobre el perfil arduo de la etapa. A nuestro alrededor, los montes pelados; a nuestros pies, tierra sin cultivar en la que pacen algunas vacas muy delgadas en semilibertad. En los pliegues de la sierra, los pueblos colgados sobre las laderas de color marrón apagado parecen islas perdidas en medio de un océano montañoso cuya atmósfera áspera proclama su singularidad. Creeríamos fácilmente estar en un pequeño techo del mundo, inundado por los colores de una paleta única de tonos apagados que embadurnan el cuadro hasta donde alcanza la vista. Estas tierras altas fascinantes que escrutamos en su aislamiento, el desierto inquietante y misterioso espiando desde su inmensidad la temeridad del caminante, la pequeña capilla colocada a la entrada de las soledades místicas, guardiana de los lugares desde hace siglos... Todo contribuye a cumplir ese sueño de peregrino llevado allí por el amor a los caminos de Compostela.

Durante el descenso, a lo largo de las cuestas empinadas, el paso se acelera de manera natural. Al aproximarse al entorno del sendero, se aviva la llama de los colores: el violeta brillante del brezo y el amarillo vivo de los tojos. A media mañana solo estamos a mitad del recorrido. Lago se perfila aproximadamente a una hora de marcha; Berducedo, el final de la etapa, está a una decena de kilómetros como mucho.

El camino se escapa y trepa otra vez a través de un pinar. Carrera de aventura en el bosque: con el paso de las horas, el viento murmura al oído de las

ramas cantos antiguos repetidos por la multitud de las naciones desde tiempos inmemoriales. Después, en el sendero de las cumbres, al descubierto, los cierres de alambre de espino despellejan el paisaje hasta los bosques limítrofes.

Poco antes del mediodía, el sonido de las campanas anuncia, contra todo pronóstico, la llegada inminente al albergue, como si el final de la mañana se nos hubiera escurrido entre los dedos. Cansado de la danza endemoniada de los montes, la acogida de una tierra despejada y cultivada a la entrada del pueblo toma la apariencia de una victoria que hace que, de golpe, la larga etapa se vuelva más fácil, y aligera el peso de la mochila como si se tratara de una pesada carga. Hay en el mundo tierras en lugares pobres, a veces austeros y, sin embargo, siempre bellos; Berducedo, en el corazón de Asturias, donde confluyen las antiguas vías de trashumancia y la vieja ruta hacia Compostela, es una de ellas.

Con la noche entrada, y el albergue mostrando el cartel de completo, los caminantes retrasados se ponen en busca de un lugar donde pasar la noche. Durante un instante se mezclan con la gente del pueblo, sobre los que ha pasado la conciencia de las épocas pasadas sin sacudirlos, para proveerse de comida en la tienda-bar del lugar, antes de seguir más lejos. En una peregrinación de largo recorrido, la duración tiene poco valor; la garantía de alojamiento y las facilidades de avituallamiento importan más que todo lo demás.

Las únicas labores que me han ocupado durante la tarde son la redacción de algunas notas y las tareas domésticas. Fuera, ahora que el sol se ha reconciliado definitivamente con la primavera, la colada ondea al viento en el campo de al lado hasta bien entrada la tarde, después de mucho tiempo de estar a media asta por causa de las inclemencias del tiempo. La recogida de la colada, como último gesto prosaico de la jornada, me proyecta ya hacia los comienzos del día siguiente.

El valle inundado de Grandas de Salime

Partimos al amanecer. La etapa de hoy es relativamente corta, algo más de una veintena de kilómetros; no obstante, no promete ser nada descansada: la presa que inunda el valle anegado de Salime es un obstáculo importante con un doble desnivel representado por el corte abrupto del valle, ¡que tendremos que franquear como si fuera una cumbre invertida! Pero no importa, cuando se es peregrino, se vive al ritmo de los atardeceres y de los nuevos amaneceres,

con el cielo inmenso y la curva del horizonte como únicos límites, y la presencia de la naturaleza a nuestro lado como única compañía. La naturaleza nos hace vibrar; el Camino, por su parte, nos transporta... Una pasión que siempre ha sido para el caminante su principio y su fin, cada día ofreciéndonos un momento vivido intensamente y un paisaje onírico expresión de un entorno en el que lo cotidiano de la marcha se convierte en un sueño lleno de emociones. ¿No solemos apreciar aquello que ya habíamos amado? El humilde caminar nos revela hábilmente los secretos de instantes sencillos y felices, analizando los detalles de nuestra vida bohemia para hacernos apreciar las alegrías de cada día que ya no sabemos ver: el frescor matinal, la pureza extraordinaria del aire, la inmensidad del cielo sobre nuestras cabezas poblado por millones de estrellas, de galaxias desconocidas, de encanto y de eternidad....

Esta mañana, la quietud de la naturaleza responde a la incertidumbre de lo desconocido; desde la improbable ruta tomada por Carlomagno siguiendo la Vía Láctea, según la leyenda, hasta los trayectos actuales, pasando por la epopeya asturiana del rey Alfonso II, los siglos no han llenado el enorme vacío de la ruta, ni borrado los miedos ancestrales inherentes a toda empresa audaz.

En menos de una hora de marcha alcanzamos la primera aldea y su pequeña capilla. Es el recuerdo de una presencia religiosa que nos acompaña desde hace tiempo, de distancia en distancia, sobre las pistas solitarias frecuentadas por la presencia de santos y de vírgenes. Poco después, un sol anaranjado surge por el este, proyectando nuestras sombras desarrapadas sobre la cuneta del camino, mientras que la magia de la mañana tranquila y los valles rodeados con un halo de bruma nos mantienen en suspenso hasta Buspol, una recia aldea perdida en el monte. Antigua etapa en el Camino Primitivo, la ermita de Santa Marina perpetúa allí una práctica bastante extendida: una ranura practicada en la puerta cerrada sirve de cepillo para las eventuales limosnas.

En algunos pasos, nos damos cuenta de que acabamos de pasar de la Edad Media a la mitad del siglo XX, en los años cincuenta, un período en la que toda la economía local fue borrada del mapa en un abrir y cerrar de ojos, empujando a los campesinos de las tierras inundadas a un éxodo forzado y trasladando su vida, de repente, a otra época. «*Las ideas que las ruinas despiertan en mí son grandes. Todo se destruye, todo perece, todo pasa. Sólo el mundo permanece. Sólo el tiempo dura. ¡Qué viejo es este mundo! Camino entre dos eternidades*». Diderot, en el *Salón de 1767*, traduce con una pertinencia de tono sorprendente ese sentimiento de abandono que evocan las imágenes del

pasado. Los autóctonos han conservado del drama su parte de inverosimilitud, haciendo resurgir de los tiempos antiguos viejos demonios... Una leyenda popular cuenta que el puente medieval había sido bautizado por el diablo. Un día, borracho, éste cayó al agua. Gritó pidiendo socorro: ¡Salime! ¡Salime! (Sacadme, sacadme). El nombre del puente de Salime, presente en la memoria, sería una alusión a la fábula burlesca que se contaba en las veladas de los pueblos. No hay nada como los cuentos infantiles para llevarnos, como en una alfombra voladora, al descubrimiento de representaciones oníricas y transmitirnos subrepticiamente una moraleja que nunca es restrictiva, pero siempre está impregnada de una sabiduría infalible.

Largo e interminable descenso... A los infiernos, si nos referimos a las tribulaciones del antiguo inquilino de estos lugares, antes de llegar por fin al Embalse de Salime, en un emplazamiento paradisiaco. La presa, que va de una orilla a la otra, improvisa una puesta en escena en un lujoso escenario: desde este inmenso balcón que se asoma al vacío, ¡hay un panorama impresionante de todo el valle!

Durante la lenta ascensión, con los otros compañeros a la vista, cada uno enfrascado en la experiencia de un largo momento de soledad en la ruta incandescente, con la espalda arqueada por la tensión del esfuerzo, pienso para mis adentros que algunos nunca en su vida han pasado tantas horas solos consigo mismos; sin duda, nunca han sentido la paradoja de la alegría de su propia compañía asociada al castigo y al bienestar de la marcha. La sucesión de las etapas nos muestra mucho sobre nuestras propias fuerzas físicas y mentales. Sobre nuestras debilidades e insignificancia frente a la importancia de la vida y de sus trances.

Después de dos horas de subida ininterrumpida y una voluntad de hierro, por fin llegamos, con los riñones molidos, a los claros de la meseta cubierta de hierba sobre la que se extiende Grandas de Salime. El carácter alpino del lugar debe mucho a los grandes bosques y su proximidad. La antítesis chocante que ofrece la serenidad del paisaje con la dureza de la ascensión de los últimos kilómetros sorprende a todo el mundo, salvo a aquellos que han nacido y envejecido en el seno de una geografía desde siempre escarpada. El campanario, como una señal de alerta que se eleva sobre el pueblo providencial, compone una armonía con el horizonte de los montes. A la magnificencia de la naturaleza se superpone la quietud del lugar. ¡Haría falta alguna elegía antigua para traducir la pura poesía de Grandas de Salime! El encanto del lugar es una abs-

tracción intelectual, no lo pueden describir las consideraciones prosaicas del caminante extenuado por la fatiga al llegar.

El pueblo aparece como un vasto territorio ganado al macizo forestal que parece proteger un modo de vida ancestral donde, por tradición y necesidad, las contingencias de una vida prácticamente autosuficiente han favorecido la transmisión de los conocimientos y usos locales; un legado inestimable heredado de las generaciones sucesivas de campesinos y artesanos, pero cuyo linaje ha acabado por agotarse. Un museo etnográfico, creado por iniciativa del último... de los mohicanos, el herrero del pueblo, da testimonio de un atavismo visceral de la población, que se apoya en su ruralidad para perpetuar una existencia fundada sobre valores comunes. La colegiata del Salvador, construida sobre los cimientos de una antigua capilla, participa de esa fe de los nativos en un pasado siempre presente; aunque el poder de las palabras del culto que antaño les cautivaba, no convence ahora más que a un puñado de fieles que se han reducido a la mínima expresión. El modesto santuario inicial fue transformado y ampliado en el transcurso de su historia: la torre, la sala capitular, el transepto, las sacristías y el atrio son aportes tardíos. Quedan de sus orígenes románicos dos sepulturas y un pórtico. En cambio, el antiguo hospital de peregrinos, que se alzaba en las proximidades, ha desaparecido del paisaje urbano. Dedicada al Salvador, la colegiata, excepcionalmente situada entre la capital de Asturias y la de Galicia, hacía las veces, sobre todo en la época medieval, de peldaño hacia el Cristo salvador a la mitad del camino de Santiago, allí donde en esencia lo absoluto de la búsqueda se materializaba en la búsqueda de un voto redentor. Para el insaciable penitente de la Edad Media, que huye de las maldiciones terrenas, acababa de subir un peldaño más que lo conducía, mediante sus oraciones, hacia el Altísimo...

La comitiva, compuesta por caminantes curtidos que conviven con los neófitos del Camino, suele ser compasiva con los que sufren las exigencias de un recorrido efectuado a veces a marchas forzadas. Hoy, otra vez, ha engrosado la lista de los heridos. Más que el itinerario del día, la sucesión de las etapas va dejando inevitablemente sus estigmas sobre los organismos ya marcados por la fatiga. Entre el montón de los lisiados, un padre y su hijo, que forman equipo desde la salida de Oviedo, han llegado una vez más en un estado lamentable. Para no tener que ver cómo los demás se compadecen de su dolor, el joven, que es su propio enfermero, se obliga cotidianamente a curarse las ampollas de los pies separado del grupo. El día anterior, a punto

de abandonar, y al día siguiente, preparado para una nueva salida, ¡más ágil que nunca!

Así va este fantástico desfile salvaje. Prueba de resistencia donde las haya, pero sinónimo por otro lado de convivencia y de sabrosos momentos de risas, mezcladas con impertinencia y dulce locura...

Rumbo al Lucus Augusti romano

En mi mente, las etapas de Fonsagrada y de Castroverde no fueron más que un pretexto para acercarse a Lugo, magistralmente puesto de relieve por la fama de un pasado brillante. Sin embargo, no olvido la entrada en Galicia, un día señalado tras llevar un mes de marcha, con espléndidos paisajes y numerosas aldeas llenas de capillas y de hórreos que sirven de enlace con una vida rural todavía viva. Caminatas por el bosque, travesía a la intemperie por los descampados... No hay nada mejor para azuzarnos y empujarnos hacia adelante. Ayer, después del paso del puerto de Montouto, nos encontramos con un nuevo compañero de ruta: Pedro, venido especialmente desde las Islas Canarias para soportar el clima menos clemente de la península ibérica y recorrer, con el tiempo justo entre sus dos aviones, el Camino Primitivo...

Es una salida como a mí me gusta. Una de esas mañana en las que la naturaleza te hechiza con su magia engañosa de amaneceres claros y en la que, de inmediato, nos zambullimos en la beatitud de una sensación única y de una especie de alegría de vivir, incluso cuando la carretera te espera al acecho.

Después de la larga travesía del pueblo, desde la salida cogemos el paso bajo el puente de la autopista. El camino trazado hace un recodo. Adiós... La última casa se pierde de vista, comienza una nueva etapa, con el antiguo Lucus Augusti romano como meta: ¡Lugo y sus célebres murallas antiguas declaradas Patrimonio Mundial de la Humanidad!

El sendero marcado con hitos gallegos vuelve al sotobosque en el que los matorrales envueltos en penumbra conspiran alrededor de los troncos de los árboles. Los muros bajos, de largas piedras planas colocadas en vertical, hacen barreras a los lados, aportando su tipismo innovador y todo su encanto allí donde a la ruta no le falta. Hay un silencio sordo, roto solamente por el canto cristalino de algunos arroyos. Después de todo este tiempo compartido con la naturaleza, le cogemos gusto a las mañanas apacibles. Pedro, André y yo caminamos juntos, conversando cordialmente. André entiende el español y yo,

personalmente, domino suficientemente la lengua de Cervantes como para mantener una conversación, incluso si es animada. Practicar el idioma local hace crecer mi alegría de caminar por itinerarios que favorecen los intercambios con los autóctonos y con un país dado desde siempre a una gran elocuencia, expresión de un entusiasmo y de una locuacidad propia de los pueblos latinos.

Una hora de camino. La aldea de Souto de Torres, de carácter gallego bien marcado, firma su identidad con las grandes piedras de granito de las fachadas de las casas. Una rugosidad que responde a la dureza de la ruta, parecida a un reloj de arena: millones de granos de polvo captan el paso de los siglos, infundiendo una promesa eterna a los peregrinos y a los hombres. Estas viejas piedras que el sol ilumina y la vida apaga, tienen algo de profético sobre el Camino de Santiago: nos despertamos cada mañana sobre un islote de libertad, incluso si el imperio de la necesidad nos limita en lo cotidiano, a medir nuestra voluntad con la dureza de la ruta.

Vilar de Cas, Santa María de Gondar, Bascuas, As Casas da Vina... En todos estos nombres de lugares se pierde un poco el castellano, sobre todo cuando de una aldea a otra el sendero serpentea, jugando al escondite con la carretera de asfalto que más vale evitar. No obstante, poca o ninguna dificultad; la interminable travesía de la sierra, con su letanía de pistas montañosas, termina al acercarse a la ciudad, no sin haber dejado su huella en unos cuerpos ya puestos a prueba por un camino costero que de tal solamente tiene el nombre, y no dejaba de querer extraviarnos en medio de la insolente belleza de la montaña vasca. Afortunadamente, la etapa de hoy es relativamente corta y parece un largo paseo que conduce al pie de las murallas erigidas por los romanos y que iban a servir, algunos siglos más tarde, para contener el fanatismo exacerbado de las tropas sarracenas.

Al final de la mañana, Lugo, como una ciudad blanca que flota sobre la línea sombría de los bosques, tiene la apariencia de una medina africana. Una especie de milagro inaccesible instalado en la ladera de la colina en lontananza, bajo la dureza del sol que inunda el teatro de verdor que le sirve de decorado. El habernos acostumbrado a las pistas pedregosas alternadas con senderos de hierba con el fin de adaptarnos a la topografía y al entorno no nos sirve de nada para acercarnos más a una revelación. Aunque sea paradójico, un tiempo de latencia que se anticipa a la realidad suntiosa, el descubrimiento de una ciudad o de un lugar, resulta definitivamente más rico que la intuición imaginativa.

En *El arte de amar*, Ovidio aconsejaba «*no apresurarse por llegar al final del placer, sino llegar hasta él imperceptiblemente, con los retrasos que lo posponen*»... Dado que las cosas últimas no se pueden ver más que con cierta poesía, el deseo que precede a la llegada es el primer acto de un movimiento en el que el placer y la alegría son la recompensa suprema.

Cuando cruzamos el antiguo puente de piedra sobre el curso escaso de un riachuelo, se acaba la espera. La antigua capital que se escondía bajo su título enfático otorgado por la UNESCO, se yergue orgullosa tras fortificaciones inexpugnables. Para llegar a ellas, todavía tenemos que librar una batalla a través de los obstáculos del extrarradio; encontramos un callejón sin salida que acaba en unas escaleras, pero por suerte la señalización oficial toma el relevo para ayudarnos a subir los últimos metros. Al entrar por la Puerta de San Pedro, llamada la Toledana, como lo hizo el rey Alfonso II el Casto en el 829, evaluamos antes la extensión de los siglos que la de las murallas ciclópeas. Solamente subiendo al camino de ronda se puede sentir el potente soplo de la Historia mezclarse con el presente. No me gustan las ciudades que crecieron de cualquier modo tanto como las que son de luz. Lugo ilumina el Camino como ninguna otra. La ciudad epónima del emperador Augusto, construida en el año 15 antes de nuestra era, fue la capital de Galicia antes de cederle el puesto a Compostela. Grandeza y decadencia... Sin embargo, el recinto fortificado de dimensiones colosales: dos kilómetros de circunferencia, de cuatro a siete metros de espesor, entre ocho y doce de altura y ochenta y dos torres aún en pie de las ochenta y seis iniciales, no deja de impresionar por su tamaño y sobre todo por su longevidad. Estos vestigios emblemáticos extraídos del caparazón de los milenarios cuidan de un patrimonio bien conservado y dan testimonio de los tumultos que agitaron la extraordinaria ciudadela gallega. Como única fortificación en Europa que se ha conservado casi en su totalidad, representa un reto que rehúye las vicisitudes del pasado para retener únicamente de los avatares de las sucesivas guerras cantábricas, en el tránsito de las cuales se construyó, el orgullo de una plaza fuerte considerada inexpugnable. Las antiguas murallas que se erigen en defensa contra toda herejía arquitectónica y el urbanismo contemporáneo que se alza fuera de los muros se mezclan sin llegar a enfrentarse nunca. En el interior, la vieja ciudad transpira una atmósfera intemporal de museo a cielo abierto. Paseando por las calles sombrías que sirven de cortafuegos a la luz demasiado viva del mediodía, se tiene la impresión de visitar un lugar en el que cuelgan cuadros de todas las épocas suspendidos de las mol-

duras de los viejos barrios. ¡Son veinte siglos de arte los que nos contemplan! En medio de todo esto, Santa María, cuya construcción se inició en el siglo XII y prosiguió bajo la dirección del maestro Mateo, el constructor de la catedral de Compostela, confiere una innegable solemnidad que toma prestadas de las aportaciones sucesivas su parte de grandilocuencia. Cuando Alfonso II atravesó la ciudad, la basílica más antigua que estaban terminando de construir le gustó tanto, que ordenó que llevasen los planos para que sirvieran de modelo a la del Salvador de Oviedo. Románico, gótico, barroco... la perennidad del edificio tiende al eclecticismo de los estilos que la componen, así como a los numerosos adornos, afinados hasta el mínimo detalle. Las capillas absidiales alrededor del coro, los tréboles de los vanos góticos, las inflorescencias geométricas de piedra, las acróteras que sirven de pedestal a las estatuas, el ábaco de los capiteles que sobresalen de las columnas... constituyen un testimonio único del universo espiritual de los habitantes y de una Europa medieval marcada por la religiosidad.

Al final de la tarde, cuando la sombra profundiza el sentido artístico del monumento que ha atravesado los siglos sin haber renegado de su gusto por la ostentación, las bellas piedras desafían al sol y su resplandor de fuego. El santuario de Santa María, abierto a los peregrinos que se detienen a rezar delante del Santísimo Sacramento expuesto sin interrupción desde el siglo XII, ofrece una manera de pasar del tiempo de la devoción al de la emoción y de abolir el tiempo ennobleciéndolo. Muy cerca de allí, la pequeña *Praza do Campo*, adornada con una fuente, recuerda con nostalgia el centro de la ciudad medieval donde tenía lugar el mercado, con el ruido de los vendedores ambulantes y comerciantes. Hoy, el polo de atracción se ha trasladado al ágora moderna de la ciudad: la *Praza Maior*. En la prolongación de la Casa do Concello, un bello ejemplo de barroco gallego con sus logias que le dan un falso aire italiano, la Gran Plaza pone firma a la magnificencia de una ciudad de todo punto monumental. No falta más que la orquesta bajo el quiosco de música para hacer sonar las trompetas del renombre o de una gloria recuperada. Es difícil resistirse a la poesía de los lugares, a su encanto, al guiño permanente de la historia en la que pasa como una sombra el recuerdo del rey Casto, condotiero de soldados y, según la leyenda, tan piadoso como valiente en el combate.

Con mi boceto de la catedral en el bolsillo, me digo a mí mismo que el contacto con la ciudad, por muy prestigiosa que sea, no se puede reducir a un subir y bajar del lápiz sobre una hoja de papel. Se necesita el intercambio con los

habitantes, el contacto voluntario con la población, aunque sea breve, para romper la soledad cotidiana del caminante. Una mirada, una simple palabra, en España, humaniza el encuentro. Es así: cuando nos dirigimos a la gente, rápidamente el tuteo marca el tono del diálogo, sucedáneo a la vez de una familiaridad amistosa y de una afinidad recíproca. Al final de la tarde, a la hora de las sacrosantas tapas, fue suficiente con hacer escala bajo las arcadas donde resuena el rumor popular de la alegría improvisada cada día, parecido al eco lejano de una infalible serenata, para verificar los beneficios incalculables de lo que los españoles llaman: la convivencia.

Melide, en el cruce de caminos

Ayer, una vez que pasamos la puerta de Santiago y cruzamos el puente romano de Lugo, con el campo gallego que nos incitaba a caminar, hubiera sido imperdonable no haber hecho un desvío por Santa Eulalia de Bóveda. Su capilla paleocristiana de enigmáticos orígenes, situada en la antigua calzada romana que conduce a Braga, merece sobradamente el rodeo. Más lejos, San Román de la Retorta y su ermita románica corroboran la idea de un antiguo itinerario medieval utilizado por los peregrinos que seguían la vía romana, donde una reproducción de un hito miliar, siempre de guardia, da fe del trazado dos veces milenario.

El albergue se convierte en un ideal codiciado cuando se ha estado caminando toda la jornada, pero, por la mañana, igual que los pájaros que anidan bajo los tejados, uno se siente preso en él, y no tiene otro deseo más que echar a volar; dejar una cama que no tiene nada de mullida para recobrar una libertad, conquistada en ardua lucha por montes y por valles, y que nos va a costar abandonar cuando llegue el momento.

Me despertaron bien temprano los gritos roncos de las bandadas de cornejas que se posaban en las ramas, no lejos del refugio. Levantando con cuidado la cortina de la ventana de al lado de mi cama, observé largo rato el incesante estruendo de los vuelos que se arremolinaban entre los límites inciertos de la noche y el día. El instante era sagrado, aportándole al espectáculo insólito una nota hitchcockiana, mientras el dormitorio silencioso susurraba sueños al oído de los durmientes...

Salida de Ponte Ferreira con los rayos preciosos del alba que nos espera como un vigilante a la entrada del día. Hoy hacemos ruta hacia Melide, el final

de una larga etapa. Para aguantar deberemos encontrar el acceso iluminado del Camino y observar las maravillas de una naturaleza soberana. Los elementos, como los acontecimientos exteriores, se ponen de acuerdo con nuestros propios límites para indicarnos dónde está el justo medio. Ese lugar extraño y familiar que concentra las debilidades y las fragilidades del hombre en el receptáculo donde se elaboran su gran generosidad y su entrega hacia los otros, corolario indispensable a su extrema privación. Un lugar intimamente secreto e irracional por su lado inconstante, situado en el corazón del movimiento de los días, que tiene su razón de ser y nos ofrece una ocasión única en la vida de poder dar las gracias.

Sé por experiencia que éstos son mis últimos instantes de soledad. Esta noche, el Camino Primitivo se funde con el Camino Francés, por donde afluye la oleada de peregrinos. Ciertamente, la ruta hasta Santiago, donde se deshará el hechizo, conserva todo su magnetismo al acercarse a la ciudad santa, pero, después de haber estado tanto tiempo haciendo pellas por el bosque, nos invadirá el sentimiento irremediable de haber vuelto a la fila.

Una vez en ruta, bajo un cielo pálido y brumoso, se levantó un viento que sacudía la copa de los grandes árboles y provocó el griterío lúgubre de una bandada de cuervos. El cuadro surrealista toma prestada su poesía desplazada de los apagados paisajes invernales de Brueghel. Entonces el campo, indiferente a la unidad de impresión, no resiste la alegría de un punto brillante, un rojo oscuro que resalta entre los grises y la palidez de un horizonte parecido a una representación pictórica indefinidamente repetida. La naturaleza está llena de alusiones a nuestra condición temporal y a nuestra finitud. Frente a la evolución eterna de ésta, la fragilidad de la existencia y lo absurdo de su agitación son temas para cuestionarse.

Seguimos, con la cortina de los cielos corrida y la carreta de nubes sobre nuestras cabezas. Avanzamos sobre las alas de un viento ligero que viene del oeste, un leal mensajero del fin del mundo, mientras los hitos jacobeos se suceden a un ritmo constante, como para apresurarnos a avanzar aunque solo estamos al principio del recorrido. El paisaje no es grandioso pero ofrece la posibilidad de atravesarlo sin preocupaciones.

Caminos vacíos flanqueados por piedras musgosas, bosques de robles tapizados de helechos... Galicia juega la carta de la seducción con paisajes encantadores, fieles a la imagen que tenemos de ella. Rodeado de un aura halagadora que lo poetiza a través de un relato embellecido con miles de deta-

lles, el Camino no deja de sorprendernos; en especial a los amigos, cuando vuelves a casa, para quienes la evocación de una imagen de Épinal¹ que muestra el romanticismo de una aventura contrastada y fascinante, viene envuelta de incomparable nostalgia. Hacer una pausa en lo cotidiano, dejarse importunar por una cita que se sale de lo ordinario, ponerse en movimiento a merced de los días imprevisibles para explorar las propias capacidades de resistencia, permite darse cuenta de que lo inesperado, la esperanza, el asombro, el valor..., tantas palabras que tienen sentido y componen un número de motivaciones profundas, ¡llevan la peregrinación al más alto nivel de los valores humanos!

Cuando se presenta una zona húmeda, una *corredoira* sirve de ayuda para abrirse paso manteniéndose en el camino, y llegar sanos y salvos al próximo pueblo. San Xurxo de Aguas Santas, Merlán San Salvador, Castro as Seixas, Hospital das Seixa... Todas esas aldeas con sus campanarios apuntando al cielo, recuerdo de lo infinito, componen un rosario al salir de los senderos, enlodados a menudo, a veces con vados, en el que los antiguos, casi sin aliento, sudaron sangre y agua y los peregrinos indigentes vertieron lágrimas a la vez que despreciaban totalmente el peligro. Sin embargo, nunca se ha glorificado tanto esta tierra de peregrinación, con la marcha y el placer de compartir que se asocian íntimamente a ella.

Lanzarse con la cabeza por delante a través de la niebla, recorrer los descampados de piedras erizadas frecuentados a menudo por las siluetas de peregrinos apoyados sobre sus bastones, avanzando contra el viento, bajo su capa abultada por la mochila... Se parece a una visión sacada de las crónicas antiguas, incluso si la historia no pertenece del todo a una época pasada: el peregrinaje ancestral no ha terminado nunca. Sólo el mundo de los paganos, los impíos y los no creyentes que se contaban con los dedos de una mano entre los príncipes, los predicadores y los que adoptaban la profesión de mendicante sin hábito, en armonía con su tiempo, nos obliga a comprender que hemos cambiado de siglo. La imagen del peregrino en una sociedad cada vez más sectaria puede parecer anticuada, pero ¿no es más bien el hombre moderno el que corre hacia su obsolescencia en un mundo en plena mutación que está buscando su sitio?

¹ N. del T.: Las imágenes de Épinal fueron estampas de temática popular y vivos colores que se produjeron en Francia durante el siglo XIX. Su nombre deriva del de la primera empresa que las lanzó, "Imagerie d'Épinal". Con el paso del tiempo, la expresión ha adquirido un sentido figurado en francés, designando una visión tradicionalista y naïf de las cosas que se decanta únicamente por su lado bueno. (Fuente: Wikipedia).

El puerto que marca el paso de la Sierra de Careón abre una ventana en el cielo azul por primera vez durante la mañana. La luz entra por ella, modelando súbitamente las formas y adornando el contorno de las sombras que yacen sobre los campos verdeciertos. Es el momento que la naturaleza escoge para ejercer sus hechizos sobre una tierra de pobreza en la que la gente ha vivido siempre con una mano delante y otra detrás, a veces teniendo que vender su alma al diablo en un camino, sin embargo, lleno de buenas intenciones: ermitas, capillas bajo la advocación de un santo, atestiguan una piedad antigua, incluso aunque hoy en día el fervor popular ya no esté acompañado de una práctica efectiva de la indulgencia y la caridad.

La ascensión se acaba en una cima guardada por un ejército de aerogeneradores que vigilan la frontera entre las provincias de Lugo y de La Coruña. Los pinos olorosos y el campo cubierto de tojos y brezos acompañan nuestro descenso hacia Vilouriz.

Los eucaliptos y las parras cubiertas de vides que se apoyan en finos soportes de granito nos introducen, paso a paso, en el decorado familiar de una Galicia perenne. El recorrido que se retuerce entre los valles sigue a distancia las sinuosidades del río para adaptarse, con una lentitud de circunstancias, a la topografía del paisaje. Los primeros peregrinos, antes de que existiera el Camino Francés, no se encontraban en el mismo estado de ánimo que hoy. Su intrépida expedición arroja luz sobre una época medieval, a la vez cruel y mística, que escapa a todos los criterios del pensamiento moderno. Aventurándose hacia el Finisterre del Occidente cristiano, tras el monarca asturiano que fue el primero en abrir camino, no tenían otra preocupación que la de llegar sanos y salvos ni esperaban otro éxito más que la salvación de su alma. Con su corazón ardiente y callado dispuesto a absorber todas las metafísicas y todos los misterios de los libros revelados, su coraje podía abrazar todas las estaciones.

Distinguimos a lo lejos la mancha blanca de una ciudad; conjeturamos, sin llegar a creérnoslo del todo, que puede ser el objetivo de nuestra etapa: ¡Melide! No es fácil orientarse en terreno desconocido; en el corazón de la llanura dibujada por el río Furclos, las distancias están deformadas traicioneramente por perspectivas engañosas. La ruta tuerce respondiendo a las curvas suaves del paisaje prisionero de la luz espectral del final de la mañana. Los caminos son lo que el relieve hace de ellos, y éste es de un ingenio caprichoso.

Cuando abordamos los primeros arrabales de Melide, la ciudad todavía no da a conocer sus encantos ni sus dotes. Pero hay algunas pistas que son el signo del cambio y de una evidencia: al ver la flota de caminantes venidos de todas partes dirigirse hacia el centro histórico, pienso para mis adentros que ¡el Camino nunca muere!

Llegamos a la *Praza do Convento*, se puede ver allí la firma indeleble de las épocas que no abolieron nada de un pasado en el que se leen los trazos del paso de los peregrinos. En medio de los frontones y las fachadas, bajo nuestros ojos desfilan numerosos detalles que corroboran esa impresión tenaz de longevidad a la vez que se nota el paso del tiempo, sobre todo sobre los señoriales escudos de armas de la Capilla de San Antón y el interesante palacio anexo, convertido en Casa do Concello. Al lado se encuentra la iglesia parroquial, vestigio del antiguo convento franciscano, que contiene sepulturas del siglo XV bajo la nave gótica con tracería de piedra que sirve de dosel a una representación de Santiago. El testimonio jacobeo más emocionante lo aporta el museo *Terra de Melide*, que ocupa el antiguo hospital de peregrinos *Sancti Spiritus*, construido en 1375, con veinticuatro plazas pero que podía acoger al doble de personas, ya que lo normal en la Edad Media era compartir los jergones en función de la afluencia y de las necesidades. La concha y los blasones sobre la puerta de entrada autentifican el destino original del edificio, rescatado *in extremis* de las funestas consecuencias del olvido y la resignación.

En la mayoría de las ciudades y los pueblos que hemos atravesado, el tesoro arquitectónico amasado como botín de guerra desde hace siglos se concentra normalmente en el casco histórico, con algunas excepciones, de las que Melide forma parte. No hubiera querido abandonar el centro geográfico de Galicia sin escaparme de su perímetro medieval concentrado a los pies del viejo castillo, para visitar Santa María. Fuera de los muros de la ciudad, en una atmósfera pictórica manifiesta, el grano rugoso de la piedra que viste el santuario recuerda el puntillismo de los pintores neoimpresionistas. La iglesia del siglo XII dio la espalda a los cánones arquitectónicos de la época e incluso al simbolismo lapidario que era común entonces. ¡Santa María es una rareza dentro del arte románico! En la fachada principal del edificio, que ocupa un antiguo lugar dedicado a un culto celta, los constructores, compañeros del deber y de un saber iniciático, tradujeron con la minucia y el genio de un conocimiento heredado de antiguo, los cuatro elementos fundamentales: el fuego, el agua, la tierra y el aire. Las figuras del arco del pórtico dividido en veinticuatro paneles, que representa un reloj de

sol, abundan en detalles alegóricos. Por encima, un fresco geométrico representa el Ajedrez de Jaca, un damero que se supone reproducía, en el imaginario medieval, el Camino de Santiago recorrido como un camino de Verdad y de Vida. Seis columnas con los capiteles rotos anuncian el templo de Salomón. En una de ellas podemos distinguir las ocas del templo y en otra un carnero, animal bíblico por excelencia. En el interior del monumento erigido por la orden de los Templarios, la belleza intacta de los frescos del siglo XIV supera la sorpresa y completa la memoria de los lugares, conservando a la vez su alma. En el ambiente sepulcral del ábside por el que se filtra la escasa luz del final de la tarde, los frisos de un damero en trampantojo que recorre las paredes retoman la imagen del Camino de Santiago que éste habría tomado para viajar de Jaca a Galicia siguiendo la Vía Láctea; una alusión a la aspiración del hombre finito de captar el infinito, como para recordarnos que lo sublime está en cada cosa de la Creación... En el interior despojado de la nave de piedra, nos dejamos abordar por la leyenda en la que los cuentos fantásticos le disputan a la historia jacobea las visiones, como si, extrayendo de las fuentes bíblicas con suficiente misterio y veracidad para perfeccionar el encantamiento, estas tuvieran la facultad de cumplirse. La paradoja de la belleza es que puede ser útil. Esos lugares sagrados que sobresalen por encima de los demás por el poder de su arte, lejos del oropel deslumbrante de la ornamentación barroca, reúnen bajo el sello de un ecumenismo antiguo rituales simbólicos, creencias arcaicas y supersticiones cuyo atractivo pedagógico es incomparable. No obstante, este insólito museo religioso debe mucho a José Antonio, un acogedor voluntario, fuente inagotable de conocimientos sobre el tema a poco que se le soliciten. Desde su modesta garita situada pertinente a la entrada, este cicerón generoso cuida de una joya. Vive en la misma situación especial de los fareros o de los guardas de las esclusas que pasan la mayor parte de su tiempo ociosos, pero cuyo oficio consiste en consagrarse breves instantes de su jornada a alertar para facilitar el paso. Como tal, semejante retiro silencioso puede parecer egoísta: sin embargo, es proporcional a la consideración que este erudito manifiesta hacia los seres y al interés que transporta a las cosas; sus sugerencias, cuando surgen, están salpicadas por una gran imaginación y una elo- cuencia llena de humanidad.

Esperando por la cena sentado en la terraza con los ojos a medio cerrar, saboro en silencio la caricia de los últimos rayos, deliciosa a esta hora. Cuando abandoné mi dulce Francia había planeado, desde el principio, detenerme en Melide si la suerte tenía a bien acompañarme. Todos nos fijamos objetivos en

nuestro viaje, desde los más nobles a los más triviales. En una marcha anterior a Compostela, cuando llegué a Melide, me quedé con ganas de más, tanto en sentido propio como figurado. Aquel día, porque la hora no era propicia, no había tenido la ocasión de degustar el famoso pulpo a la gallega, del que la pulperia Ezequiel, gracias sin duda al boca a boca, se ha convertido en un lugar emblemático y una cita ineludible para caminantes de todo signo. Esta tarde se ha cumplido mi deseo: nos encontramos en los bancos usados de la taberna, al lado de numerosos compañeros de ruta con los que nos hemos cruzado a lo largo de las etapas, alineados en filas apretadas como en la escuela. La empresa familiar, con las primeras fotos del antiguo almacén convertido en bar colgadas por las paredes a modo de certificado de buena conducta, remata así lo que constituye su éxito: una decoración tradicional en un local donde se viene a comer, alrededor de mesas largas como un día sin pan, el plato típico de la casa acompañado de una botella de vino tinto. En medio de un mestizaje increíble, reflejo de la cacofonía de las naciones en marcha hacia Santiago, escuchó con una indulgencia divertida vibrar voluptuosamente al epicúreo que está siempre al acecho en cada uno de nosotros, como en la carne de los ascetas más austeros. En el jaleo de un ambiente cálido y agradable brindamos por los horizontes que se alejan, por los soles que suceden a los amaneceres utópicos, por los crepúsculos de color carmesí, por los insomnios y por los sueños lúdicos a los que se sobrepone lo efímero de todos estos días que dejamos atrás, parecidos a la estela del tiempo.

Santiago, el final del viaje

La etapa de ayer que nos condujo hasta Arca no me dejó un recuerdo imprecadero, porque mi cabeza estaba ya en otra parte. Sin embargo, el patrimonio jacobeo diseminado a lo largo de un recorrido en forma de laberinto que une aldeas liliputienses, interpela al peregrino desde la salida de Melide. Boente, Ribadiso, Brea..., en medio de bosques de eucaliptos que perfuman el aire con su fragancia recuerdan, de cuando en cuando, el peregrinaje ancestral.

La última jornada de marcha, bastante corta por otro lado, no tiene más valor que la emoción que va creciendo al aproximarse a Santiago, la meta absoluta del peregrinaje medieval, y todavía del de hoy. La tentación de pararse en Lavacolla para llevar a cabo la peregrinación según las reglas y la tradición, ya no se contempla desde hace tiempo. El lugar era una parada obligada para

los peregrinos de la Edad Media; la ocasión de lavarse: *lava colla, ¿hace falta traducirlo?* Y de poner los asuntos propios en orden antes de ir a honrar al obispo Santiago. Por otro lado, cuando aparezcan los enlaces de las autopistas desgarrando el paisaje en los límites del aeropuerto, que tendremos que rodear, se entenderá rápidamente que el burgo medieval pertenece al pasado, frente al modernismo invasor. «*La dicha,*» decía el Conde de Montecristo, «*es como esos palacios de las islas encantadas, cuyas puertas guardan formidables dragones; ¡preciso es combatir para conquistar!*» El viajero de Compostela no hace más que pasar; aventurero con el carácter bien templado, su caparazón se ha resquebrajado a lo largo de las etapas y las peripecias. A punto de alcanzar las escaleras del palacio, se contenta con confesar su debilidad mostrando su abnegación, rara vez cogida en falta. Hay mil maneras de vivir la misma aventura, pero el mérito del caminante comprometido con el gran Camino es hacer sentir cada vez que justamente ésa era la manera de contarla.

Hemos avanzado a un ritmo infernal. Cuando el cielo se desgarra con la lentitud preciosa de un alba virginal, ya se percibe a lo lejos el rumor ronco de la autopista. Como estaba previsto, al nacer el día rodeamos el aeropuerto, iluminado como un enorme cráter en medio de un paisaje que se extiende entre dos valles.

Las 7:30; Villamaior, con su denominación usurpada. El nombre de la aldea sirve de valedor a un decorado de opereta: tres o cuatro casas, un edificio en ruinas, un hórreo... Le siguen algunas cuestas empinadas y después, sobre la colina, uno de esos cielos cubiertos que han abastecido con su paleta de colores a los grandes pintores. Vestido con todas las franjas del arco iris, el día que comienza es en sí un paisaje. Nuestros pasos se suman a la orquesta de la naturaleza, pero por poco tiempo. Hacemos los coros con ella para no olvidar la magnificencia que nos envuelve; el caminante mira por encima de su horizonte para interpretar los signos de una ruta fastidiosa y liberadora a la vez.

Las 8:30. Monte do Gozo. En la Edad Media, era aquí donde los peregrinos, al avistar por primera y última vez en su vida, sin duda, las torres de la catedral, se persignaban arrodillándose y llorando de alegría. Para ellos, ver de lejos el lugar donde se guardaban las reliquias de Santiago era ya acceder a la verdad y, al partir hacia la salvación de su alma, transportados por su alegría, olvidaban que son los pecados pequeños los que proyectan las mayores sombras...

Franquear la Puerta del Camino es como atravesar el postigo de los sueños: de golpe, al penetrar en el corazón palpitante de la vieja ciudad imaginada

desde el inicio de la peregrinación, se tiene el sentimiento de vivir un sueño despierto, incluso si no es la primera vez... Después de haber finalizado una marcha hacia adelante que la historia omnipresente no ha dejado de respaldar, la puerta medieval interroga como si fuera una esfinge, pero sobre todo cuestiona un pasado y un presente cuyo armonioso e interesante equilibrio ha superado el reto de no separar los dos mundos. A lo largo de las calles, las plazas y los callejones largos como pasillos, la alegría de estar ahí se comparte sin dejar de ir *in crescendo*. Un soportal, bajamos algunos escalones y desembocamos en la célebre plaza del Obradoiro, frente a lo impensable hace algunas semanas, algunos meses... La grandilocuente fachada de la catedral barroca, como las muñecas rusas, esconde otra: la de la basílica románica más antigua, la única que encarnaba, y todavía lo hace hoy, el desafío heroico y loco de hombres que se hicieron más grandes y más humildes a la vez, tras su peligrosa caminata. Solamente la revuelta de almas enardecidas, de seres apasionados de santidad indefensa, podía derrocar a Roma o a Jerusalén, en la Edad Media. No es con las armas, sino con los salmos de David, que esos peregrinos pudieron ganar su lucha, sin atemorizarse nunca por la aspereza de un vagabundeo rudimentario y secreto en el cual no tenían miedo de perderse, ya que oportunas instrucciones hacían brillar el aura del Hijo de Dios al mismo nivel que la escolta de los santos alrededor de la estatura creciente de Santiago, convertido en un ícono en el campo de la estrella².

La emblemática fachada salpicada de óxido está siendo restaurada para no parecerse a esas obras llenas de telas de araña expuestas durante mucho tiempo a las estaciones y a la intemperie. A pesar de esa desventaja estética, la catedral dedicada a Santiago, ampliamente cubierta por las redes de los trabajos de restauración, sigue atrayendo a las multitudes. Sucumbir a la tentación de acercarse a uno de los monumentos más importantes del Occidente cristiano, que ejerce una increíble atracción desde hace más de mil años, se vive como una emoción única, más allá de una fe que queda para la intimidad de cada uno. Hay que decir que Santiago, el matamoros, evolucionó a lo largo de los siglos hacia el apóstol de la paz, atrayendo incluso a pueblos venidos del otro lado del mundo.

² N. de la T.: Una de las interpretaciones, aunque incierta, sobre el origen del topónimo de Compostela, es la de que derive de la expresión latina *campus stellae*, que significa «campo de la estrella», por la estrella que, según el milagro, se le apareció a Teodomiro indicándole este lugar (Fuente: Wikipedia).

En la Edad Media, el peregrino del camino de Santiago que llegaba sano y salvo, no tenía más que un objetivo: recitar un ritual aprendido por siglos de fervor que habían fortalecido su fe exorcizando sus miedos ancestrales. Poner sus manos con entusiasmo y agradecimiento en la parte de abajo del pilar del Pórtico de la Gloria, obra del maestro Mateo y obra maestra del arte románico (hoy inaccesible), debía de ser una experiencia mística fuera de lo común para la gente humilde en busca de un reconocimiento, una vez expiadas su fatiga y sus faltas. Atravesar la larga nave para ir a recogerse en la cripta del santo de los santos que protege las reliquias del discípulo de Cristo, el apóstol al que dedicaron su vida, se convertía en la culminación inesperada de toda una existencia. Y sin embargo, nada comparable con cruzar la Puerta del Perdón durante un Año Santo Compostelano, gesto supremo y simbólico que confería al arrepentido, con la unción de la bendición, una indulgencia plenaria de sus pecados, ¡el culmen de las peregrinaciones a Santiago! Hoy en día, ya sea cristiano, entusiasta o simplemente senderista, el peregrino, que no oculta su nuevo estado de ánimo forjado durante el recorrido del Camino, es más partidario de una aproximación existencial a la peregrinación que de ritos seculares caídos en desuso. No obstante, hay una tradición que ningún fiel que asista a la misa de peregrinos se querría perder bajo ningún pretexto: el encendido del botafumeiro. Literalmente: «*echa humo*», en gallego. Un puñado de hombres escogidos, vestidos de peregrinos, tira respetuosamente de las cuerdas, haciendo que el gran incensario se balancee de un lado a otro del transepto, del suelo a la bóveda, dejando en su estela una pesada nube de humo oloroso. Verlo subir y oscilar de adelante a atrás y de abajo a arriba durante largos minutos es un espectáculo cautivador. La imagen espiritual del incensario gigante representaría la ascensión al paraíso, y el descenso a tierra para llevarnos y elevarnos hacia lo alto...

Seguramente, el rey Casto que hizo construir el primer santuario para albergar la sepultura del Hijo del Trueno, Santiago el Mayor en persona, no reconocería nada de los lugares que acababa de convertir en un santuario, por voluntad divina, frente a la amenaza del infiel. Por otro lado, el templo construido por su sucesor en el 899, ¡fue destruido por Almanzor un siglo más tarde! Hasta el año 1075 no se edificó la actual basílica románica. Con el tiempo, la crisálida de piedra se metamorfoseó por medio de sucesivos embellecimientos hasta su conclusión: una fachada barroca en la que el impulso magistral finalizó la obra grandiosa de los hombres realizada con el deseo de agradar a Dios y, sin confesarlo, rivalizar con la notoriedad apostólica de Roma.

El visitar la ciudad se hace con la mirada hacia lo alto, no hay otra forma. Pero la catedral, ese libro de piedra virtuosa, hay que estudiarla en toda su amplitud tras el primer encuentro emotivo a la llegada. Desde los adornos de piedra magistralmente ejecutados, hasta los vuelos de las agujas que parecen patas de araña, a la vez diferentes y reunidas bajo una misma beatitud estética, pináculos, estatuas, conchas, bajorrelieves, esculturas, dovelajes que dibujan soles tallados por encima de los pórticos... Todos los estilos se mezclan en el exceso necesario para la expresión de un talento arquitectónico al servicio exclusivo de un dogma. El arte no sería nada sin el espíritu que lo anima: románico, gótico, barroco..., la subversión artística de Santiago ofrece una sucesión de obras maestras en la que abundan los detalles que afloran por todos lados de la piedra curtida por los siglos. *Praza do Obradoiro*, de la que el escritor García Márquez afirmó que era la plaza más bella del mundo... Nos dejamos sorprender por un cara a cara inesperado: a un lado, el romanismo del pórtico de San Jerónimo, y al otro, el arte plateresco del Hostal de los Reyes Católicos, reconvertido en Parador Nacional. La potente coherencia cultural que esboza la trama de la civilización occidental continúa en el corazón de un centro histórico de una densidad sorprendente. Elaborar un inventario exhaustivo de los tesoros que abundan en la ciudad santa sería un esfuerzo vano. Por definición, siempre hay algo más nuevo que las últimas noticias. Pasa lo mismo con las curiosidades monumentales: nunca dejamos de descubrirlas, ¡cada visita aporta su lote de sorpresas y de éxtasis! Entonces, hay que contentarse con reconocer que unos cuantos días no serían suficientes, y con la confesión de que no hay nada más embriagador que deambular por la vieja ciudad para impregnarse de su atmósfera seductora. El granito está presente en la ornamentación tanto de los grandes monumentos como de simples viviendas, plazas, fuentes, estatuas... Lo que le confiere una singular elegancia a la ciudad gallega.

Al peregrino, ese doble imaginario del hombre en busca de un más allá, nos lo cruzamos por la calle en todas las esquinas, tanto en su versión moderna como en la de los antiguos peregrinos de cuando los peregrinajes devolvían a los ricos con las manos vacías y elevaban a las gentes sencillas que venían en busca de consuelo.

En este momento, sin la angustia del regreso, es aquí donde todo comienza, cuando ya no se está en movimiento. A partir de ahora es la hora del después y el tiempo no espera, aunque sea eterno. Cada uno llega y se vuelve a ir con su historia, su sabiduría y su fidelidad a lo que le transporta a su presente: hoy

es con el desapego, con la renuncia a los prejuicios y a los estereotipos razonables con lo que hemos hecho los mayores avances, tenido los más bellos reencuentros y nos hemos transformado aprendiendo la verdadera medida de nuestros días. ¡No tengas miedo de estar loco, todo es posible! Esa frase memorable con la que me quedo del camino expresa de manera oportuna una cita inesperada con el que fue, hace más de un milenio, una leyenda viva antes de convertirse en un mito por haber hecho de su temeridad una divisa. En la *Praza de Mazarelos*, la estatua de Alfonso II el Casto ocupa el lugar de honor bajo un manto de piedra gris. El mito absoluto necesita un drama para estar conculido. El monarca asturiano, que ha cambiado su corona real por una armadura de guerrero con cierta inclinación hacia la ostentación y cierta pompa sin artificio, recuerda el tiempo en el que, desenvainando su espada, partió a dar muerte al moro e inició la larga tragedia de la Reconquista. La silueta inmóvil del rey, como un vigía noblemente apostado cerca de una puerta medieval que guarda la entrada de la ciudad, corrobora la idea de que no hay pequeño ni gran patrimonio jacobeo, e inaugura la fuerza de una leyenda que, aunque su realidad novelesca esté menos fundada, hace reflexionar sobre lo que la historia no pudo retener de su vida. No se contentó con comprender su época, sino que fue actor del cambio de la misma. El momento en el que accede al poder, después de un siglo de ocupación musulmana durante el cual el islam se establece como vecino de la cristiandad, es de una gran agitación. Se pasa de la idea de la conquista de un reino a la de la reconquista de un país, lo que cambiaba radicalmente la perspectiva de Occidente y su asamblea heterogénea de potentados y altos dignatarios acerca del peligro que venía de Oriente. El mausoleo de palabras erigido por la fama que envuelve su vida no lo encierra en la camisa de fuerza de una memoria póstuma sino que lo entrega a la posteridad, para dar fe de que el presente sin el pasado no tendría futuro..., como se suele recordar. Mi Camino se acaba, en suma, donde comenzó: en el recuerdo personificado de un rey del que la crónica a su muerte, en el 842, después de haber llevado el peso del gobierno del reino durante cincuenta y dos años, alababa su forma de vida casta y piadosa... Aunque durante todo su reinado encarnó, fundamentalmente, a un combatiente valeroso.



Universidad de Oviedo



Fundación
VALDÉS-SALAS